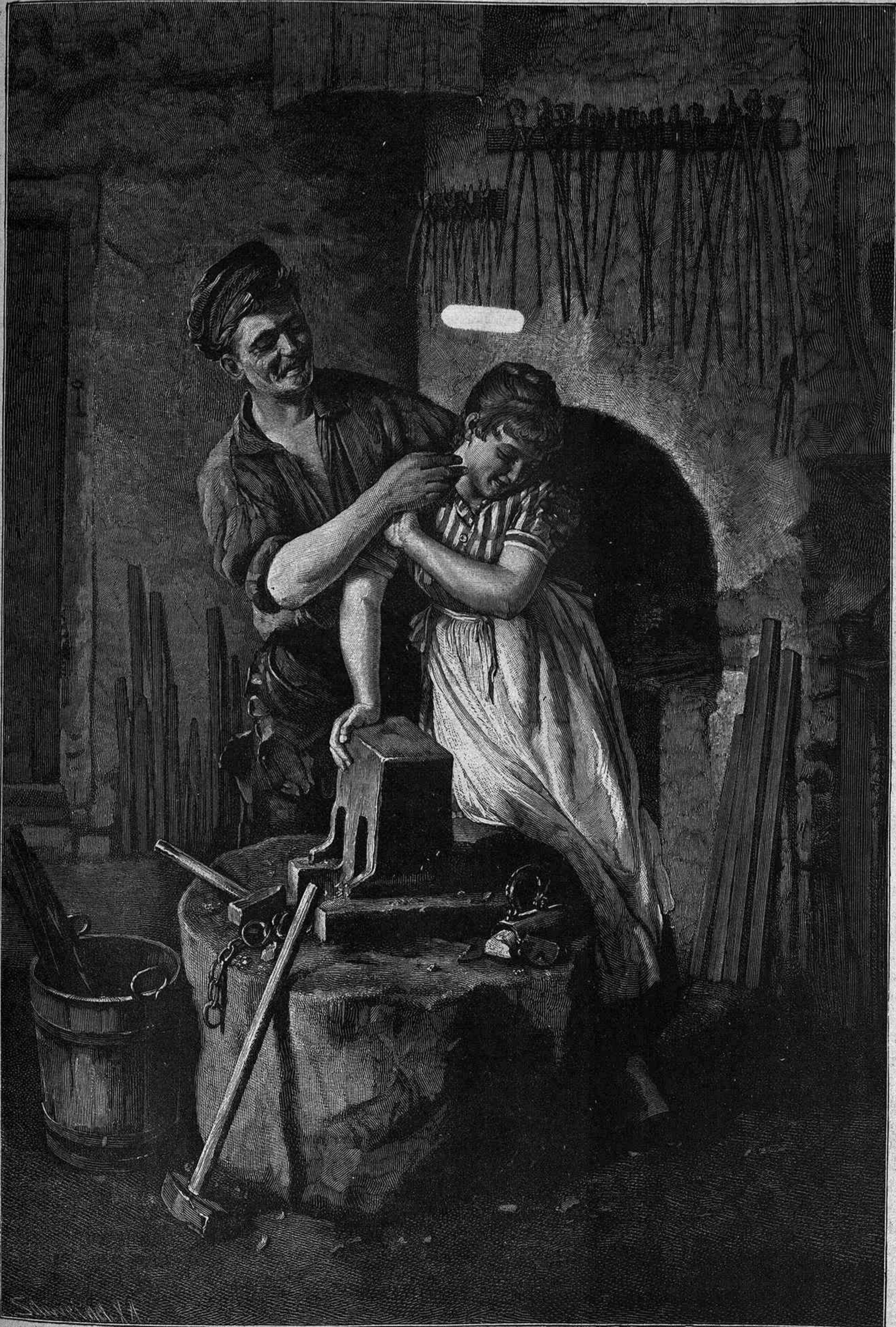


La Ilustración Nacional

Administración: Almirante, 2.º quintd.º

MADRID
10 de Abril de 1887.

Año VIII.—Núm. 10



ENTRE DOS FUEGOS

SUMARIO

GRABADOS: Entre dos fuegos. Jerusalén: Exterior de la iglesia del Santo Sepulcro.—La Giralda de Sevilla.—Predicación de Jesucristo en el lago de Tiberíades (cuadro de M. H. Hofmann).—Excmo. Sr. D. Emilio Navarro y Ochoteco, diputado á Cortes.—Gerona (estatua en mármol de D. Juan Figueras).

TEXTO: Crónica, por D. F. Serrano de la Pedrosa.—Entre dos fuegos.—D. Emilio Navarro y Ochoteco, diputado á Cortes.—Gerona (estatua en mármol de D. Juan Figueras).—La Giralda de Sevilla.—Predicación de Jesucristo en el lago de Tiberíades.—Jerusalén: iglesia del Santo Sepulcro.—El nuevo conflicto entre Francia y Alemania, por don Arturo Cotarelo.—El optimismo de corazón (soneto), por D. J. G. Buzarán.—Economías en el Congreso, por G.—Estrellas volantes (de F. Copée: *L'Exilé*), por D. Cayetano de Alvear.—Revista de Barcelona, por Fernán Pérez.—Los Egoístas, arreglo del inglés, por A. Ordax (continuación).—Elena, por D. Emilio Navarro y Serrano.—Rima, por don J. Díaz Marías.—El inválido, por D. V. Colorado.—¿Cuándo seré feliz? por doña Dolores Sanz Sevilla.—Ingleses y franceses de viaje; novela suiza por Töpfer (conclusión).—Anuncios.—Sobre cubierta, por D. Eduardo de Palacio.—Charadas.—Solución á las anteriores.

CRÓNICA

No sabemos quién fué el inventor de las crónicas.

Pero es indudable que fundó su invento en el refrán que dice: *los días se suceden y no se parecen*; porque si se parecieran, con reseñar uno, reseñados todos.

Pues bien: el refrán es, como tantos otros, una falsedad de tomo y lomo; los días se suceden y se parecen, y no hay otra cosa más aburrida que abrir esta Crónica cada diez días con la misma frase: «Aún no se han pegado.»

Ello será poco cristiano, y además poco agradable para franceses y alemanes; pero es muy cierto que millares de personas decentes y juiciosas están ya deseando que se rompan la crisma alemanes y franceses.

Si el teatro europeo tuviera el pavimento de madera, se oiría el taconeado de ese público que se impacienta porque no comienza la función.

Basta observar la avidez con que las Agencias telegráficas se apoderan de tal ó cual noticia alarmante, la avidez con que los lectores buscan esa noticia en el periódico, y la avidez con que la recogen los que se asimilan á *La Correspondencia*, como otros el piano, de oído, ó de oídas.

Y para que se vea cuánto tiene de artificial la guerra, esos dos pueblos, á los que se debe suponer arrastrados por terribles y opuestas marejadas de odio que los lancen á combatir con ímpetu irresistible, tienen el tremendo choque pendiente de un estornudo.

La salud de Guillermo es en estos días el barómetro de la guerra. En cuanto el pobre señor da una cabezada, aunque sea aprobando lo que escucha, á uso de senador ó de académico, ya le imputan groseramente que se duerme; como si el ser emperador y tener noventa años no autorizaran para dormirse en visita. Pues entonces, ¿para qué sirven esas preeminencias?

Y como si le hubieran ajustado sólo para las veladas, todo es alarmas si no está derecho como un huso; el telégrafo, el correo, las palomas mensajeras y las cartas cifradas difunden la terrible nueva; todo el mundo pierde la serenidad, baja la Bolsa y redoblan solos los tambores, como en una sesión de espiritismo.

Más al Oriente sucede otra cosa análoga.

Parecía inminente la catástrofe. El pueblo ruso odia al pueblo búlgaro, y odia al pueblo turco y odia al pueblo inglés (porque esos ru-

sos son así); los pueblos inglés, turco y búlgaro pagan al ruso en la misma moneda, y cuando Europa se llevaba la mano al oído esperando el trueno gordo, se suspende todo por indisposición del Zar, al cual, según se dice, le faltan dos ó tres pedacitos y los andan buscando.

Convirtamos los ojos á la madre patria: (ensayo oratorio).

A la hora en que escribimos, los madrileños se disponen á meditar profundamente en los hechos de la Pasión, á pasar revista de bencina á la levita, y á recorrer las estaciones.

Es decir, prefiriendo las que estén alumbradas con luz eléctrica á aquellas en que se predique el sermón de tinieblas.

Después de recordar cómo fué redimido el género humano, iremos (ó irán ustedes) por la mañanita temprano á ver cómo un rayo del sol de Abril redime á los paisajes del Retiro de la desnudez, de los tonos plomizos y otros pecados originales... del invierno.

Recién lavado el bosque por los últimos temporales, y perfumado por los primeros aromas de la primavera, y por el reciente cumplimiento de la Iglesia, puras y limpias las almas de las niñas que juegan á las cuatro esquinas, y limpias y puras las almas de las pollas; *todo, todo muy limpio, muy arregadito...*

Y, como aseguran las mamás, *bien conservadito.*

Pidal ha ingresado en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Estas cosas no suelen quitar el sueño más que al interesado y á los académicos, que, á semejanza de los que se purgan para asistir á un banquete, velan la víspera de la recepción, para atracarse de sueño durante la lectura de los discursos. ¡Ah dobles sibaritas!

Al resto de los humanos es indiferente que éntre Pidal en la de Ciencias Morales, ó que éntre *Clarín* en la de la Lengua; pero en esta ocasión daremos una puntadita de crítica, por aquello de que hay momentos odiosos y repugnantes en la vida de los cronistas.

El Sr. Pidal se empeñó en demostrar «que se está llevando á cabo en el mundo un trabajo de destrucción social, sobre el que no fijan bastante su atención los elementos sociales amenazados, y cómo se destruyen prácticamente los principios sobre que descansa el orden social todo entero.»

No incurriremos en la candidez de demostrar al Sr. Pidal que eso se ha dicho al advenimiento del Cristianismo, Protestantismo y de los velocipedos de dos ruedas; porque ni el Sr. Pidal lo ignora, ni le importa plagiar á Caifás ú otro conservador de los que Pilatos gobernaba.

Pero plagiar á Castilla, un barítono empecatado por lo que tiene de bufo...

Porque Castilla se ha hecho aplaudir muchas veces diciendo lo mismo que ha dicho Pidal.

—*¡El mundo se viene encima!*—papel de *Rey Babiéca* de Barba Azul, acto segundo.

Que por cierto es un papel muy bien escrito, porque se sostiene el carácter de *Babiéca* en toda la obra.

¿No saben ustedes
qué es lo que ha inventado
el Ayuntamiento...

para resolver el conflicto de los tahoneros, ó, mejor dicho, el conflicto de los compradores de pan?

El ayuntamiento ha dispuesto que en cada tahona haya una báscula.

Pero ha olvidado amonestar á los... compradores para que no hagan lo que hacen á menudo en las plazuelas. Cogen (los compradores) un pedazo de sebo, y con disimulo lo pegan al platillo del peso donde está la mercancía, y así se corre el peso y salen siempre beneficiados.

Los compradores.

Los moros atacan nuestra factoría de Río de Oro.

Los moros rebeldes al Sultán atacarán á Ceuta el día menos pensado.

Los moros de Mindanao seguirán atacando nuestros destacamentos, á pesar de esa expedición famosa, realizada por el general Terreros.

Y los que no son moros, los holandeses por ejemplo, preparan una demostración naval en el mar de las Célebes para conseguir la renovación de contratos con los naturales de dicha isla.

Pero á los españoles, en punto á política colonial, no nos gana nadie.

¡Somos lo más célebes!

En el Congreso un petardo.

En el ministerio de Hacienda, un petardo.

En el Teatro Eslava, Riquelme. También con truenos.

¿A dónde vamos á parar?

En los primeros momentos, D. Cristino la pega con los periodistas, que son siempre los primeros en pagar el pato.

Los periodistas se enfadan y hablan de una alfombra del Congreso que costó 7.000 duros y fué destinada á la casa de un empleado.

¡Qué bonita casa!
¿Dónde vive usted?

Lo cierto es que se debían recoger, como se ha hecho, muchísimos de los pases que facilitaban la entrada en el Congreso, y recoger también las alfombras, como supongo se habrá hecho.

Abril, el de las aguas mil, dice un adagio. Entre el agua de hoy y el agua de ayer y la de anteayer, etc., llevamos contadas hasta la fecha siete aguas.

De modo que faltan solo 993 aguas para que salga completa la cuenta de las mil.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

ENTRE DOS FUEGOS

La simpática Minetta ha terminado sus quehaceres, y se dispone á salir, con objeto de charlar un rato con las vecinas en la puerta de la casa, cuando recuerda de improviso que ha olvidado planchar los delantales que necesita con urgencia, pues no tiene ninguno limpio. La cosa resulta tanto más desagradable, cuanto que se ha apagado ya el fuego del hogar y la joven no encuentra medio de calentar inmediatamente una plancha.

En este aprieto, concibe una idea salvadora: ¿no

vive allí enfrente un herrero que tiene constantemente encendida la fragua, y en cuyo taller se oye todavía golpear el yunque?

—Allí trabajan todavía. Quizás se encuentre en la herrería Augusto, aquel oficial tan amable..

Este, que saluda siempre á Minetta con amabilidad, es fácil que esté solo, y seguramente le hará el favor de calentarle la plancha en la fragua.

Como lo piensa, lo hace la aturdida jovencueta. Va corriendo con la plancha á la fragua, donde ve con alegría al herrero, que por su parte parece agradablemente sorprendido con la aparición de la hermosa Minetta. No accede, sin embargo, en seguida á su deseo, sino que aprovechando la oportunidad, le impone una condición que otro menos atrevido que Augusto no hubiera osado proponerla.

¿Qué hacer?

—Sin un lesa, no se calienta la plancha, dice él, friamente, intentando abrazar á la muchacha y obtener el precio por anticipado.

Minetta reconoce que se halla entre dos fuegos (véase nuestra lámina de la pág. 145) y tiene, por último, que someterse á la condición del herrero, haciendo por pudor la resistencia que el Código militar exige, siquiera para dejar bien puesto el honor de las armas.

DON EMILIO NAVARRO Y OCHOTECO, diputado á Cortes.

Nació en Añón, provincia de Zaragoza, en el año 1832.

Estudió la segunda enseñanza en el seminario de Tarazona. Continuó los estudios de Facultad mayor en la Universidad de Zaragoza, recibiendo la investidura el año 1856.

Afiliado al partido progresista, fué comandante de un batallón de la Milicia nacional el año 1855 hasta su disolución el 56.

Elegido diputado provincial el año 1858, cuyo cargo ha desempeñado cuatro veces en distintas épocas (58-64-68 y 74).

Diputado á Cortes en las Constituyentes de 1869 y en las ordinarias de 1871, 1872, 1881; reelegido en 1883 y 1886.

Director de los Registros civil y de la Propiedad y del Notariado en 1871, 1883, y en Diciembre de 1885 fué designado nuevamente, cuyo cargo desempeña en la actualidad por tercera vez.

Desde la disolución del partido progresista se afilió al que dirige el Sr. Sagasta.

En 1878 dirigió el periódico *El Eco de Aragón*; fué individuo de la Junta revolucionaria y secretario sin sueldo del gobierno civil de Zaragoza durante el primer mes de la revolución.

Desde el año 1874 hasta la fecha ha sido presidente del comité local y provincial del partido constitucional de Zaragoza.

Desciende de familia eminentemente liberal y que ha sufrido persecuciones por sus ideas, habiendo perecido los dos abuelos del biografiado á manos de los carlistas.

GERONA

Estatua en mármol de D. Juan Figueras.

Una arrogante y hermosa matrona representa á la siempre heroica é inmortal ciudad, presentando una corona de laurel á sus preclaros defensores, entre los que hace cabeza el ilustre D. Mariano Alvarez de Castro.

El distinguido escultor é hijo de Gerona don Juan Figueras llevó á cabo esta obra notabilísima en 1873, por encargo de la diputación de la provincia, y con objeto de que dicha estatua sirviera de coronamiento y remate al mausoleo proyectado en la capilla de San Narciso para encerrar los restos mortales de Alvarez de Castro, que se custodian hoy en la referida capilla.

LA GIRALDA DE SEVILLA

No nos detendremos en la explicación de este grabado, porque nadie lo estimará preciso. ¿Quién no conoce, por lo menos de referencia, la magnífica y monumental torre de la catedral de Sevilla, la soberbia obra de arte en que el genio árabe se manifiesta con sus más definidos atributos, con sus rasgos más característicos?

Según nuestro propósito de ir dando á la estampa los principales monumentos de España y el extranjero, corresponde hoy el turno á la Giralda de Sevilla, reproducida fidelísimamente en ese hermoso grabado, donde pueden apreciarse hasta los menores detalles de tan grandiosa construcción.

PREDICACIÓN DE JESUCRISTO

en el lago de Tiberiades.

«Y aquel día, salido Jesús de casa, se sentó junto á la mar.

»Y se allegaron á él muchas gentes; y entrándose él en el barco, se sentó, y toda la gente estaba á la ribera.

»Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí el que sembraba salió á sembrar, etc.»

(San Mateo, 13, 1, 2 y 3.)

En el admirable asunto que extractan los anteriores versículos del Evangelio de San Mateo inspiró el genio del pintor alemán Hofmann, para producir el magnífico cuadro que reproduce nuestro grabado de las páginas 152 y 153.

Poco habría que decir en abono de ésta composición, pues el mérito se advierte á primera vista; pero séanos lícito observar que el tono general y la factura rompen aquí, sin desventaja ciertamente, con muchas de las prescripciones consagradas por el arte durante más de tres siglos, cuando se trataba de asuntos religiosos. La noble y hermosa figura principal, es la del Salvador; pero Dios hecho hombre, y como tal representado, sin ningún atributo de la Divinidad, y delante de un público no convencido todavía, porque la predicación empieza, aunque dispuesto á dejarse arrastrar por la sublime palabra del glorioso Nazareno.

Jerusalén.

IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO

Conmemorándose en estos días los misterios de la Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, creemos complacer á nuestros suscritores publicando en este número algunos grabados alusivos, entre ellos la vista de la iglesia del Santo Sepulcro, que ocupa la pág. 148.

Parece que este templo se asienta sobre las ruinas del antiguo salomónico, y fué fundado en primer lugar por Constantino el Grande en el año 326 de la Era cristiana, y reedificado por el vencedor Godofredo de Bouillon en 1099, quedando dentro de su recinto los principales sitios donde tuvieron lugar las escenas de la Pasión.

Su gran cúpula, incendiada en diferentes épocas, fué reconstruída en hierro á expensas de los Gobiernos de Francia y Turquía en 1868.

El nuevo conflicto

entre Francia y Alemania.

IV

Sin prejuzgar los resultados de la contienda que indudablemente entablarán en breve plazo ambos pueblos, hemos procurado poner de relieve los elementos defensivos de los franceses á todo lo largo de su nueva frontera del Nordeste; hemos hecho un estudio de los ferrocarriles desde el punto de vista estratégico, y hemos examinado, por último, las condiciones de los dos ejércitos para

el caso de movilización; pasemos ahora á investigar la fuerza y alcance de los resortes morales que proporcionan á las grandes masas puestas en movimiento, confianza en sí mismas y ánimo decidido sobre el campo de batalla.

El pueblo francés guarda con justificado cariño gloriosas tradiciones militares; sin remontarnos á la época de los galos, ni mencionar hazañas de la Edad Media, (1111) nombre de insignes caudillos en tiempos no tan lejanos.

El Mariscal de Fabert, Turenna, Condé, Catinat, Vendôme, ilustraron con brillantes campañas la historia de la antigua monarquía; la revolución, á fines del pasado siglo, fué, por decirlo así, fuente maravillosa de guerreros inmortales, pues al lado del maestro sin precio en dirigir campañas llamado Napoleón, brillaba con la doble aureola del talento y el valor un Kléber, revelaba su genio y prudencia un Desaix, hacía alarde de su audacia un Murat, se acreditaba como general inteligentísimo un Massena, recababa el nombre de *bravo entre los bravos* un Ney; adquirían, en fin, justa fama Soult, Brune, Saint-Cyr, Lannes, Bernadotte, Moncey, Víctor y tantos otros soldados que llevaron las águilas triunfantes á las más recónditas comarcas de la vieja Europa.

Espíritu belicoso, más belicoso que militar, como afirma acertadamente el general Lewal, no fué el desastre de Waterlloo para nuestros vecinos de allende el Pirineo una dura lección de guerra; lo consideraron, á lo sumo, como un castigo al carácter absorbente del primer Emperador, ó como una desgracia derivada del ímpetu irreflexivo de Ney y de la fatal equivocación de Grouchy, pero siguieron creyendo que nadie podía arrebatarles sus condiciones superiores para campaña, cosa que los convertía en el país más temible del mundo.

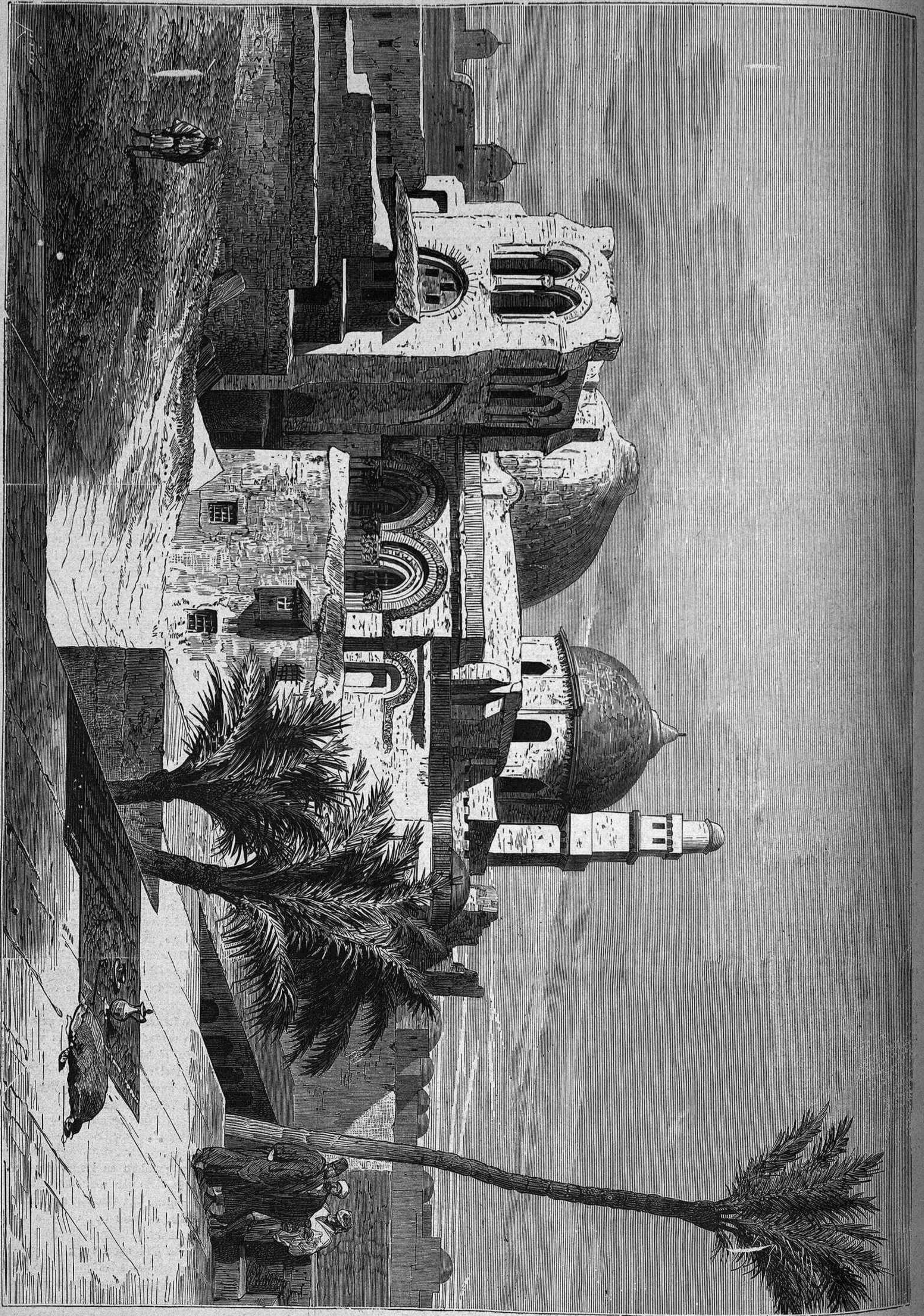
Las guerras de Crimea é Italia ratificaron en mayor escala semejante parecer, sin estudiar á fondo la tenacidad de los rusos en Sebastopol, ni las diversas peripecias de Magenta y Solferino; así es que al declararse la guerra, á mediados de Julio de 1870, todos los franceses, con muy raras excepciones, creían que la marcha sobre Berlín era empresa sencillísima; pero olvidaban que, aparte del descuido en los detalles orgánicos de su ejército, carecían de sucesores, como caudillos, Napoleón y Davout, los que en Jena y Auerstaed abrieron las puertas de la capital prusiana.

Con los primeros descabros en la Alsacia, brotó la duda de la propia fuerza; con los reverses en el valle del Mosela, se adquirió el triste convencimiento de que habían faltado dos cosas: una buena preparación para la guerra, y Generales que meditasen cual era debido los planes de campaña. En suma, el espíritu belicoso, tradicional, arrebatado, sufrió las leyes del vencimiento por el cálculo frío de un maestro metódico en estrategia, por la iniciativa de Generales ya acostumbrados á tenerla sobre los campos de Bohemia y por la disciplina de tropas saturadas de excelente espíritu militar.

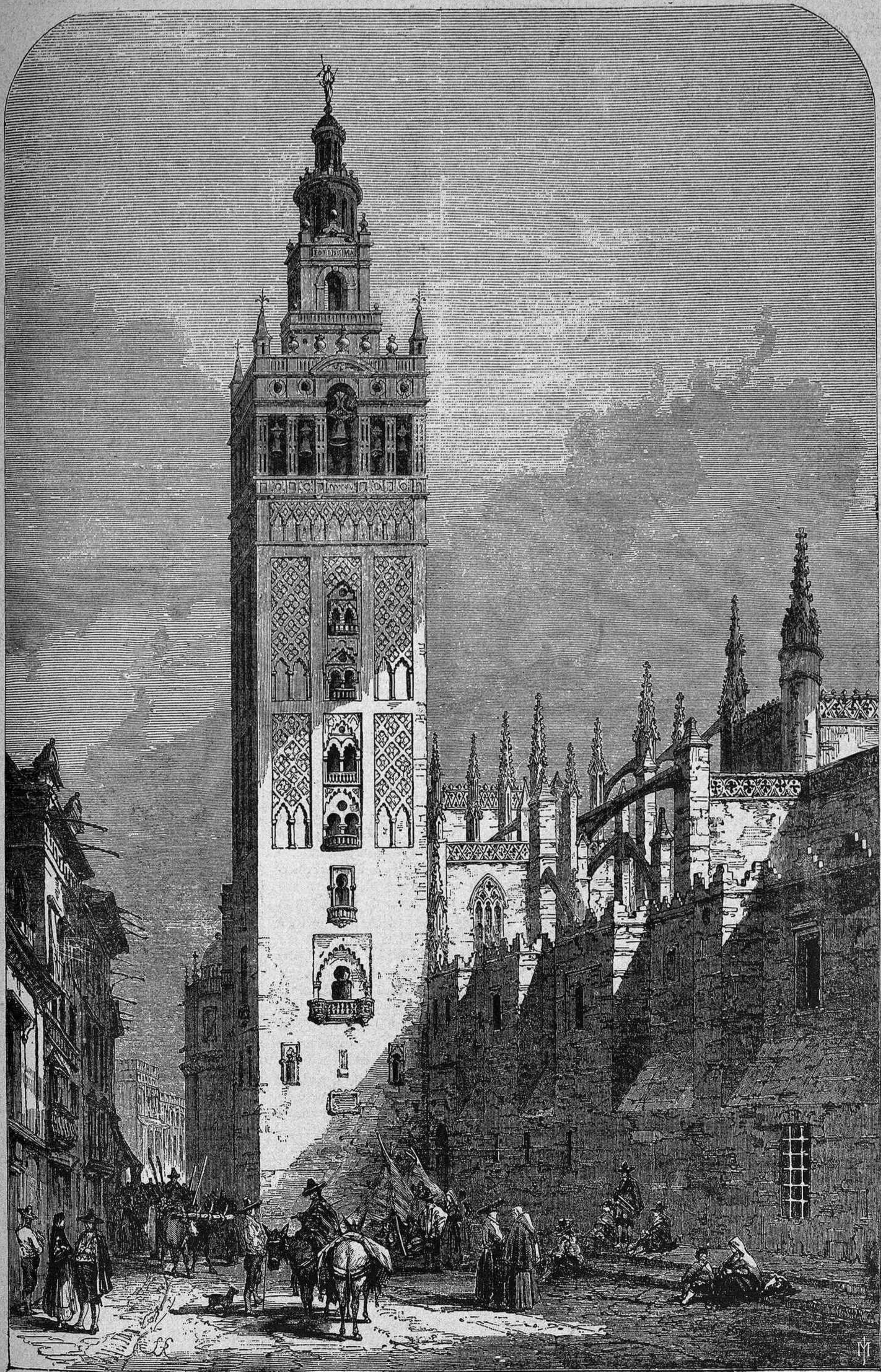
Waterlloo, para los franceses, significaba un aviso que no quisieron entender; Sedán, Metz y París quizá determinen, al estallar nueva lucha, un cambio saludable en el aprovechamiento de las cualidades militares que siempre distinguieron á los descendientes de Vercingetórix.

Si hubo verdadera grandeza en las guerras de la República y del Imperio por parte de la Francia, hubo también empeño digno de alto renombre por parte de la Prusia, después de la batalla de Jena y de la paz de Tilsitt.

Regenerar la patria casi agonizante; sobreponerse con profundo estudio á los propósitos de Napoleón; hacer que el país prestase su concurso á la obra de reorganización militar; conseguir, en fin, que los laureles alcanzados en otra época por el insigne Federico significasen la esperanza de mejores días, después de terribles infortunios, tal fué la obra del barón Stein, poderosamente se



JERUSALEN.—EXTERIOR DE LA IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO



LA GIRALDA DE SEVILLA

cundado por el talento incuestionable de Scharnhorts, por la tenacidad de Blucher, por la suficiencia de Gneisenau y de otros muchos hombres civiles y militares que se propusieron no cejar hasta conseguir la emancipación del yugo napoleónico.

De entonces, de aquella época rica en sinsabores, data ese organismo tan admirado de las tropas prusianas; supieron los estadistas y Generales de la misma época infundir en todas las clases sociales un elevado sentimiento de independencia, no regateando nadie su esfuerzo, sus recursos y hasta su vida, con tal de que llegara un día en que el ejército de la patria vengase humillaciones no olvidadas.

Para la realización de semejante idea hubo método riguroso, orden perfecto, voluntad inquebrantable; y como después de las campañas de 1813, 1814 y 1815, ó sease cuando se consiguió el triunfo sobre el *Capitán del Siglo*, en vez de dormirse los prusianos en las *delicias de Capua* siguieron su sistema, reformando lo defectuoso y estudiando continuamente, de ahí proviene la gran facilidad de su pase rápido al pié de guerra y ese buen espíritu militar que tantas ventajas les ha proporcionado durante las luchas sostenidas en Dinamarca, Bohemia y Francia.

Pensamos, sin embargo, y según anterior indicación, que de mucho han servido á nuestros vecinos de allende el Pirineo los quebrantos de su último choque con Prusia; y en este supuesto esperamos también que encaucen prudentemente su tendencia belicosa para responder en analogía de circunstancias á los terribles elementos militares de sus eternos adversarios.

ARTURO COTARELO.

El optimismo de corazón.

SONETO

Envidiable Manuel, que al dulce abrigo de Laura tan feliz te consideras, cual si en el seno olímpico vivieras del Dios fulgente, del amor amigo.

¡Quién pudiera ¡pardiez! gozar contigo esas que el pensador llama quimeras, y que venturas son más lisonjeras que las prosaicas que en el mundo sigol!

Mas, á pesar de todo, no es consejo que á nadie le daré; fuera locura cifrar sólo la gloria en el pellejo...

cuando, después de tanta galanura, tú á lo mejor del caso te harás viejo, y la otra ha de *tronar* en su hermosura.

J. GUILLÍN BUZARÁN.

Madrid 10 Octubre 1886.

Economías en el Congreso.

Los diputados que componen la actual comisión de Gobierno interior del Congreso entienden que la casa requiere grandes economías, ó por mejor decir, y aceptando una expresión moderna, opinan que las economías se imponen.

Y como se imponen ellas, las impusieron ellos.

Estamos por las economías; aplaudimos, sobre todo, la previsión y represión de los abusos; y no hemos de censurar el buen deseo con que la comisión pretende nivelar los ingresos y los gastos, aunque al rebajar de éstos entendamos que se inspiró en los principios de suegras gubernamentales, que repesan el tocino, miden la jicara de los garbanzos quitándolas el copete y trinchan el asado cuando se sirve á la mesa para que ningún comensal se quede sin su ración, sobrando las dos indispensables para la cocina ó para las albondiguillas del siguiente almuerzo.

Siguen los azucarillos, pero ya no se ponen á la *orden del día*; es decir, ya no figuran sobre el mos-

trador de la cantina, sino ocultos en uno de sus entrepaños. Quedaron convertidos en azucarillos internos. Si se piden, se dan. Si alguien desiste de pedirlos por no presenciar el trámite de que sobre ellos se imponga la mano seglar y no enguantada del ujier de servicio, ese azucarillo menos gasta al año el templo de las leyes. La reforma ha de ser de procedencia andaluza, si se atiende á que por esas tierras llaman *volados* á los azucarillos. La comisión se diría: «A estos volados hay que cortarles las alas, porque *vuelan* que es un contento, y ya que no las llevan visibles como los angelitos que aparecen en el techo del Salón de Sesiones (porque bajo el cobertizo todavía no tenemos noticia de que haya aparecido ninguno) procuremos quitarlos de la vista, de donde resultará que para muchos los volados, *volavérunt*».

Senadores y exdiputados, ¿para qué quieren papel? Con darles tinta, lacre, plumas y sobres tienen bastante para cerrar las cartas que lleven en los bolsillos; y si se encuentran en el apuro de hacer alguna anotación urgente, que se remedien con papel de cuartillas. Algo es algo, y donde no hay *cuartos*, con *cuartillas* sobra.

La reforma que más da que hacer á los ujieres ha sido la de que á cada padre de la patria le tengan guardado bajo llave su *dosis* de papel timbrado, con al nombre del distrito que representa.

El infeliz ujier, destinado á sufrir las peticiones *papelísticas*, pone á prueba su paciencia y sus conocimientos de geografía política.

—Papel de Mahón, le pide el diputado por ídem; y el ujier busca en vano algún papel amarillo que se aproxime al *mahón* solicitado por el representante de la patria.

—Venga papel, le dicen á un tiempo y saliendo de una acalorada discusión, los diputados por los distritos de *Cabra, Jaca, Mula, Chiva y Toro*. Atondrado el ujier, no sabe si dirigir sus entorchados al casillero del estante, ó si coger la gorra y marcharse á la casa de fieras del Retiro.

Al acercársele el diputado por Alcoy, pidiéndole papel de su distrito, encuentra ocasión de mostrar su galantería y solicitud, sacando de su bolsillo un librito de papelillo del *Corsé*, diciendo:

—*Papel de Alcoy* no tenemos; pero éste que yo uso, del *Corsé*, dicen los fumadores que es muy bueno.»

Después de servir una hoja de papel de música al diputado que le pidió *papel de Valls*, no parecía el ujier por ningún pasillo del Congreso. Temió la Comisión si se habría fugado con alguna costera, pero pronto se averiguó que había hecho una *escapatoria* á la alcaldía de barrio para servir el pedido de *papel de Padrón*, cosa que no se molestó en buscar en la taquilla.

El suplente encargado de sustituirle pasó dobles apuros que el propietario. Al diputado puertorriqueño, que pidió *papel de Sabana Grande*, le trajo dos rollos de papel continuo para que pudiera unirlos si, como sábana, resultaban estrechos. Á uno que solicitó *papel de Gracia*, le contestó con la mayor finura: «Perdone usía, y lo siento muchísimo, pero de *gracia* ya no se dan más que cuartillas;» y después de entregar un cuadernillo de luto al que le pidió *papel de Dolores*, sacó de su bolsillo la papeleta del Monte de Piedad, resguardo de su reloj de plata, para complacer al diputado que le había dicho: «¿Hay por ahí algún *papel de Peñaranda*?»

A los que se quejan de que el salón de sesiones suele estar desierto en estos días, podemos recomendarles la lectura de estos *incidentes parlamentarios*. ¿Quién ha de buscar *por dentro* las emociones, cuando tiene diversión segura en los escritorios y en la cantina con las mil peripecias á que se prestan algunas economías de la Comisión de Gobierno interior?

G.

Estrellas volantes.

(F. Coppée.—L'EXILIE.)

De otoño en las noches, vagando en la villa,
Miro las estrellas volantes cruzar;
Porque si en el tiempo que una de ellas brilla
Se forma un deseo, se debe lograr.

Siempre son las mismas mis dulces quimeras;
Cuando muere un astro, pensando yo en ti,
Los votos renuevo de que tú me quieras,
Y que en tu destierro tú pienses en mí.

En tan bello antojo, que forma mi encanto
Durante tu ausencia, déjame creer...
Mas ¡ay! ¡que el invierno, con su negro manto,
Las blancas estrellas no me deja ver!

CAYETANO DE ALVEAR.

Revista de Barcelona.

La Exposición.—La reforma interior.—Fachada en proyecto.—Conferencias religiosas y científicas.—Teatros.—Contra el ahorro.—La huelga de Sans.—Opinión de la prensa acerca del nuevo Diccionario Universal.—Novedades artístico-literarias.

Presumo que al recibirse en Madrid esta revista habrán llegado á la condal ciudad el alcalde y el obispo, que hace ya algunos días marcharon á la corte á gestionar asuntos de alto interés local. A este número pertenecen el de la Exposición, la reforma interior, el llamado *de los cuarteles*, el proyecto de una nueva fachada para la catedral, y algunos otros menos importantes (ó más importantes).—¿Tendremos Exposición? Esta es la pregunta que se hace por aquí la gente, algo desconfiada respecto al particular. Se dice que el Gobierno se hará cargo de la empresa; aseguran otros que la subvencionará con 6.000.000 de reales, *reintegrables*; atan algunos este cabo con el de un empréstito enorme hecho por el Municipio barcelonés...; en fin, todo se vuelven conjeturas y suposiciones. Y, como es natural, la batalla prosigue entre los periódicos locales y *El Barcelonés*, órgano oficioso del alcalde. Entretanto, los trabajos de la Exposición se hallan casi paralizados, ó prosiguen con suma lentitud.

Mucho juego ha de dar la cuestión llamada de reforma interior, puesto que para abrir la calle ó gran vía diagonal que cruce la ciudad de un extremo á otro, se han de derribar gran número de manzanas del antiguo casco y se ha de indemnizar á muchos propietarios; y de aquí también que se haga hincapié en ella por parte de la prensa y de los particulares; porque la verdad es que el vecindario espera poco de sus administradores. ¿Veráse pronto realizada esta reforma? Fuera muy de apetecer, por lo que ganaría la ciudad, con la nueva vía, otra arteria de su vida, indispensable ya, y que podría competir en belleza con la Rambla; pero con seguridad se bastardeará la grandeza del pensamiento si los intereses particulares se imponen, como algunos estiman, á los públicos. Porque en esta condal ciudad todo se achica y se empequeñece ante *la peseta*. De aquí ha nacido la especie de estupor con que fué acogido el proyecto del banquero Girona. Este señor se brindó á dotar la catedral con una nueva fachada, y el público aún no se ha dado cuenta de tan estupenda generosidad. É hizo más aún el Sr. Girona; trazó por sí mismo un estrambótico proyecto, proyecto irracional y de pésimo gusto artístico-arqueológico. Pero á la par que el del Sr. Girona, presentó el arquitecto Mestre el suyo, más *sabio* y mejor pensado, aunque de un gótico poco en armonía con la arquitectura del templo, que es por cierto tan sobria como elegante; y héteme aquí los ánimos divididos y la crítica enconada; unos opinando que debía abrirse un con-

curso, otros que debía dar la Academia de San Fernando su fallo acerca de los dos proyectos. Esta polémica ha dado lugar á sendos artículos, y los proyectos pasaron á la citada Academia, de cuyo informe penden. A Madrid pasaron con este objeto el Sr. Girona y el obispo, y no tardaremos en saber qué ha resultado de su viaje. Ahora bien: ¿qué es permitido opinar respecto á la fachada? A nuestro modo de ver, que no se construya y que se invierta el dinero en remediar el malestar de las clases obreras. Al fin y á la postre, esa fachada siempre resultará una obra *postiza*, cuando no un completo *adefesio*. Si el Sr. Girona se ha propuesto ganar la gloria del cielo, puede elegir otros caminos.

La temporada cuaresmal que atravesamos no ofrece grandes novedades en espectáculos ni en conferencias religiosas. En el *Principal*, consigue gran cosecha de aplausos la Tubau de Palencia en *La gran vía* y en *Pepa la Frescachona*, que han sido bien recibidas por este público; en el *Liceo*, se representa con rico *atrezzo* y bellas decoraciones *La Almoneda del Diablo*; en el teatro de Cataluña, se repite cada noche el melodrama *El Maldito*, debido á Perillán Buxó; en *Romea* actúa, como de costumbre, la compañía catalana, y en el *Tivoli* se ofrece en espectáculo *El país de la olla* (con innovaciones de actualidad, según reza el cartel). En los cafés se dan conciertos, y en el establecimiento denominado *Alcázar francés*, café sito en la calle del Asalto, existe *vaudeville*. He aquí un anuncio colocado á la puerta del establecimiento mal llamado ALCÁZAR:

¡¡SUCESO INCONTESTABLE!!

¡¡¡OVACIÓN INMENSA!!!

Tributada á Rita Guerin en la noche de... de Marzo, artista juzgada como verdadera eminencia por el distinguido público que llena asiduamente nuestro afortunado establecimiento.

Distinguido era, en efecto, días atrás ese público, y quizás también hoy, porque en los *palcos* del Alcázar se veía los *dandys* y *gomosos* de esta localidad; y junto á las mesas algún que otro jovencuelo *pacatón* ó *viejito verde*, alternando con las *horizontales*. En suma, aquello parecía un *café-concert* de Marsella ó de París. Bien es cierto que Barcelona es la ciudad que más tributo presta al género francés... sin agravio sea dicho del *flamenco*, que también se cultivaba en la tierra de los Fivallers y de los Berengueres.

Otra clase de reuniones comparte con los teatros la atención y las horas de los barceloneses; las reuniones religiosas, los sermones cuaresmales. La oratoria religiosa, por regla general, es *ramplona* y *vulgar*, y de aquí que cuando un predicador de nota ocupa la cátedra sagrada, se agolpan católicos y no católicos á las puertas del santuario. Tal ocurre al anunciarse las conferencias dominicales del reverendo escolapio P. Llanos. Este sacerdote posee vastísima erudición, y expone sus doctrinas con sosiego, claridad y elegancia; sus sermones son, pues, escuchados con sumo recogimiento y vivo interés; su persona despierta viva simpatía, porque el P. Llanos no pertenece á esa turbamulta de clérigos carlistas que forman en las filas de *El Correo Catalán*, y que suscriben álbumes para su director. Yo creo que si el catolicismo ha de sostenerse en la sociedad moderna, no será ciertamente por medios violentos; y me confirma en esta idea el número de gentes que acude á escuchar las eruditas conferencias del P. Llanos.

Algunas conferencias y disertaciones de otra índole se dan en Barcelona; y no dejaré de citar la discusión abierta en el Ateneo barcelonés, respecto al socialismo. Los que en ella han tomado parte, con raras excepciones, han demostrado un desconocimiento absoluto de la materia. Muchos, muchísimos obreros saben más que cualquiera de esos *jóvenes aprovechados*, en materias económicas.

A cuantos aconsejan al obrero la conveniencia del ahorro, podría citárseles algunos ejemplos, que ciertamente sólo pueden contribuir á fomentar ideas y hábitos de disipación entre las clases trabajadoras. Fácil es que en Madrid se tenga noticia de lo ocurrido en la sociedad *Centro general de Préstamos y Depósitos*, domiciliada en Barcelona en la calle de Archs; pero como se ignorarán algunos curiosos datos respecto de este particular, voy á ofrecérselos. La idea de crear tal Sociedad, parece ser que la tuvo un D. Manuel Rimont y Callis, redactor que había sido durante largos años del decano de los periódicos barceloneses, director propietario y redactor casi absoluto de una antigua revista titulada *El Seminarista Español*, que se imprimía en Vich, colaborador de muchas publicaciones católicas, y gran propagador de la unidad católica en España allá por los años de 1869 á 73. Este sujeto consiguió allegar algunos capitales, y abusando de la influencia que le daban sus buenas relaciones particulares, constituyó una Junta, en la que figuraban dignísimas personas del comercio y de otras profesiones, y en la que figuraba como uno de los directores. El pensamiento capital de la Sociedad era facilitar el ahorro por todos los medios; tanto es así, que se admitía desde la módica suma de dos cuartos. Además la Sociedad recibía, como empeño, ropas y alhajas, operación que en los tiempos que corremos produce mucho; y como propagara la idea en bonitos *carnets* llenos de inscripciones alusivas y de máximas económicas, y como en la pared de la casa pintara en grandes letras lo que producen anualmente 2, 6 y 8 cuartos semanales puestos á interés, de aquí que la aglomeración de gente pobre en sus oficinas no fuera escasa. Ello es que hubo mísera familia que retiró sus ahorros de la *Caja* de ídem, para llevarlos al *Centro*, y hasta alguno de los individuos de la Junta colocó en él respetables cantidades. Pero el D. Manuel Rimont, que es un taimado de *tomo y lomo*, amparado con la capa de su religiosidad, abusó de imponentes y amigos, y dió á éstos y aquéllos un *timo* superlativo. Ello es que, transcurridos algunos años, durante los cuales había aparecido en los periódicos nota oficial de las operaciones del *Centro*, el D. Manuel, director del establecimiento, se *evapora*, juntamente con otro director, D. Pablo Calvet (neocatólico también), y el *Centro* se ve intervenido por el Juzgado y con las operaciones en suspenso. ¡Aquí del llanto y clamores de los pobres! Y, la verdad sea dicha, nadie podía suponer en aquel *frailuno* director semejante salida, porque sabíase que administraba los bienes de una riquísima dama, sexagenaria y solterona, y se le suponía hombre acaudalado. Mas, á lo que de público se decía, también era hombre solapado y algo perito en escamoteos; y tal vez por esto, y quizás por el aspecto fúnebre del domicilio social, se llamaba al *Centro* la *Caja del Demonio*. Citado por *estafa* el D. Manuel Rimont, no pudo ser habido, y de momento fué conducido á la cárcel un D. José Garret, pariente suyo. Reunida más tarde la Junta, y reunidos, por otra parte, los imponentes, estudió el medio de remediar el daño causado por el *ex-seminarista*. Mas ahora viene lo mejor. Trátase de someter á la aprobación de dichos acreedores un convenio, mediante el cual éstos se avienen á percibir una parte reducida y proporcional de la cantidad impuesta, y á renunciar al resto de su crédito. ¿Comprenden mis lectores lo que resultará? Que, renunciando por este acto los imponentes á la acción criminal contra Rimont, éste asomará pronto la oreja por Barcelona, y podrá mofarse impunemente de los que depositaron en él su confianza. Por eso dice escandalizado un periódico: «Creemos que no se conseguirá reunir mayoría, pues conociendo los interesados que hay quién es responsable personalmente de todo lo ocurrido (sin duda alguna los fugados), tratarán de exigir la responsabilidad; y de otra parte, según nuestras noticias, liquidando bien la Sociedad, sólo resultaría un déficit de 70.000 pesetas; por cuyo motivo, los interesados harán perfectamente si dejan de aprobar el convenio y llevan este asunto hasta el

fin, aprovechando los artículos del Código de Comercio, y al mismo tiempo la acción criminal correspondiente, á que tienen derecho.»

Me he detenido un tanto al dar estas noticias, para que se vea hasta dónde llega la picardía de ciertas gentes. Y cuenta que estos lances se repiten con alguna frecuencia, y cuenta que existen en Barcelona, como en otras capitales, hombres de dinero, que deben su fortuna á tan malas artes. Sólo que en esta ocasión el asombro ha sido máximo, por tratarse de un entusiasta de la unidad católica, de un predicador sempiterno de moral, de una especie de *sacristán cancanista*, muy parecido al de *Don Pascual Bailón*.

¡Veremos si las pobres ovejas se dejan trasquilar!

Fácil es que al recibir estas líneas la huelga de la importante fábrica *La España Industrial* haya terminado ya. ¡Quiéralo Dios! Esta huelga reconoce por causa la supresión del salario que venían percibiendo desde remota fecha los obreros en los días festivos de entre semana. Dado el malestar presente, el subido precio de los comestibles y la circunstancia de no trabajar todo el personal durante la semana, la medida fué muy mal recibida. Apuntaba un periódico si obedecía á la necesidad de que los accionistas de la casa pudieran percibir el 6 por 100; móvil á que si en realidad obedeciera la medida, sería altamente censurable. Ello es que los trabajadores se declararon en huelga, que se admitieron trabajadores nuevos, los que han debido entrar y salir de la fábrica acompañados de la Guardia civil, y que hubo disparos de armas de fuego, tumultos y otros excesos, dando estos sucesos lugar á la dimisión del alcalde de Sans. ¡Triste es, sin embargo, decirlo! Entre los nuevos trabajadores, entre los infelices que acudían al trabajo, arrojando las iras de sus camaradas, había hombre que no llevaba ni aun camisa... Este dato pinta el mísero estado de buena parte de la clase obrera. ¿Pueden ó no pueden remediarlo los fabricantes? Pues si no pueden, cierren sus fábricas; pero en manera alguna demuestren al trabajador que lo que se le escatima de salario obedece á un móvil egoísta.

En mi anterior revista daba cuenta de la aparición del *Diccionario Universal Hispano-Americano*, de Montaner y Simón, y hacía acerca del mismo alguna apreciación desfavorable. Hoy puede asegurarse que ese *Diccionario* será un simple *negocio editorial*. La opinión de algunos periódicos, como de costumbre, se reduce á copiar trozos del prospecto, y á ponerlo por las nubes (ya que la obra se recibe de balde); pero otros, más independientes, no siguen este camino. El acreditado *Diario de Barcelona* opina desde luego que la diversidad de criterio de las personas que aparecen como redactores ha de ser perjudicial á la obra; *El Barcelonés* demuestra los errores de gran monta que encierra la parte geográfica de los cuadernos publicados, y *El Productor* comienza su artículo crítico con este párrafo: «...Abrimos el primer cuaderno, y nos encontramos con dos pedazos de cartulina manchados con diversos colores, pretendiendo la primera de estas *preciosas* láminas ser un cuadro etnográfico, una colección de cabezas típicas de las diferentes razas asiáticas, según se deduce de lo que se lee en un ángulo: *Artículo Asia*. Pues bien, esta lámina etnográfica es una verdadera abominación, es un insulto al público, al que se prometen *preciosos* cromos y luego se le dan cromos maculatura; pero lo más grave del caso es la falsedad científica que implica el presentar los tipos claros y hasta rubios de los asiáticos con unos colores tan pardos que, hasta para muchos africanos, son demasiado oscuros. En fin, son manchas de color y no caras humanas lo que nos presentan.» Señala luego el crítico (persona, según tengo entendido, de excelente reputación científica) los errores cometidos por el traductor de las inscripciones que tiene

la lámina, y prosigue: «La segunda lámina es un mapa de Asia tan primitivo, que causa grima el pensar que aquí figura como muestra del arte español. Pero ya que los editores no han encontrado autoridad cartográfica alguna para confeccionar un mapa elegante, ¿por qué no lo encargan a la casa que publica el *Diccionario de la Conversación*, de Mayer? Si este mapa es el mejor de los que ha de haber, ya tenemos bastante muestra con semejante botón. De las figuras intercaladas en el texto, algunas pueden pasar; pero otras, las que se refieren a objetos de historia natural, como *abacá*, *abada*, *abadejo*, son casi tan malas como el cromó; y en vista de esta circunstancia, es casi una ventaja lo que sería un defecto en la obra, si los grabados fuesen buenos; á saber; la falta de los mismos en muchas palabras, v. gr., *abadejo*, que debería tener también una figura para ilustrar el significado entomológico. En cambio en *abadesa* sobre el grabado. Y el texto, ¿qué tal? Desde luego, hojeando las páginas se echa de ver una enorme desproporción entre los artículos de interés científico y los de literatura. Así, por ejemplo, la letra *A*, como tal letra, ocupa las ocho páginas del primer pliego; más de cuatro columnas se dedican á personaje tan importante como *Aarón*, el judío (cosa en el fondo muy natural por parte de los adoradores del becerro de oro); *abacá* se lleva más de cuatro páginas; *abad*, *abadesa* y *abadia* llenan un espacio tal, que si todas las palabras hubieren de tratarse en proporción, la obra tendría más de veinte tomos de cincuenta cuadernos cada uno, ó bien cada tomo, de los doce que los editores calculan, tendría cien cuadernos. Bajo este punto de vista, el de la proporcionalidad, la nueva obra será una repetición de la de Serrano, si continúa como en el primer cuaderno. No hemos tenido tiempo aún para examinar detenidamente las explicaciones que se dan de las cosas; lo que sí hemos notado ya es que la parte etimológica repite antiguos errores...» Y ahora añadiremos nosotros: si los cromos son malos, si el texto contiene errores, y si no se nota proporcionalidad alguna en el desarrollo de las materias, ¿qué resta del tan cacareado *Diccionario*, de ese monumento que modestamente dicen los editores que van á levantar? Para eso no hay necesidad de recurrir á los lumbres del saber en España... Pero al que conozca el modo que de confeccionar las obras tiene la Casa; el que haya leído la per-versa traducción que ha publicado de *La Vida de los animales*, del doctor Bhrem, y sobre todo *La Germania*, de Scherz (donde ponen en boca del autor, no precisamente lo que nunca dijo, sino todo lo contrario de lo que dijo, alterando ideas y párrafos enteros), no estimará como novedad el tal *Diccionario*, especie de cajón de viejos cromos y de otros materiales de almacén, que se vaciará en la nueva liquidación literaria. No confiábamos mucho en el valor del nuevo *Diccionario*; pero, á decir verdad, es muy inferior á lo que pudimos suponer.

¡Y fiense nuestros lectores de gacetillas encomiásticas y de reclamos editoriales!

Resaltan, como pueden ver mis lectores, en la presente revista, algunas notas de color algo crudo, inspiradas por el espectáculo que el mercantilismo y la fiebre de los negocios ofrecen en Barcelona.

Justo me parece no cerrar esta correspondencia sin consagrar algunas líneas á objetos más dignos y elevados.

Entre los artistas que trabajan con afán para concurrir lucidamente al *Salón* que en Madrid se abrirá el próximo Mayo, figura Cusachs, el pintor militar cuyo nombre es tan ventajosamente conocido en la corte como en Barcelona. Cusachs tiene casi terminado un precioso cuadro, cuyo título es *El Vivac*, y muy adelantado otro que representa una revista militar, y en cuyo primer término aparece la figura de D. Alfonso XII, puesta á caballo y rodeada de lucido Estado Mayor. Este grupo es magistral de composición y de color, y en él se destacan, por la naturalidad de sus actitudes y su exacto parecido, los generales Martínez Campos,

Blanco, Primo de Rivera, Cuenca y otros jefes y oficiales no menos conocidos. En el fondo, y envuelta entre polvo y humo, se ve cruzar una batería rodada, y en segundo término galopa un ordenanza á caballo. La perspectiva aérea es bellísima; el conjunto, de un efecto magistral; los deta-

quisito gusto. Cusachs se preocupa del más minucioso detalle indumentario, y es tan *rigorista* (artificialmente hablando), como podría serlo el más riguroso coronel de un regimiento ó el más severo sargento mayor de una plaza.

Dentro de pocos días tendrá lugar el concurso



PREDICACIÓN DE JESUCRISTO EN EL LAGO DE TIBERIADES (Cuadro de M. H. Hofmann.)

lles, acabados] y ajustadísimos al natural. En fin, es un cuadro admirable y está destinado á producir sensación, y á formar digno *pendant* con el que titula *El Vivac*. Recomiéndase por la finura de su color, la armonía de sus tonos, los bonitos efectos de claroscuro y la gracia y elegancia de sus figuras. Pocos artistas como Cusachs pueden interpretar las escenas militares, porque ha vivido largo tiempo junto al soldado, ha vestido el uniforme militar, y posee un espíritu sagaz y observador, manado á grandes facultades y ex-

pára la creación de una estatua al conde Ramón Berenguer IV, y de él me ocuparé con el detenimiento que se merece.

Respecto á novedades literarias, anunciase la aparición del segundo volumen de las *Novelas corlesanas*, que viene publicando el elegante escritor y distinguido crítico D. Luis Alfonso.

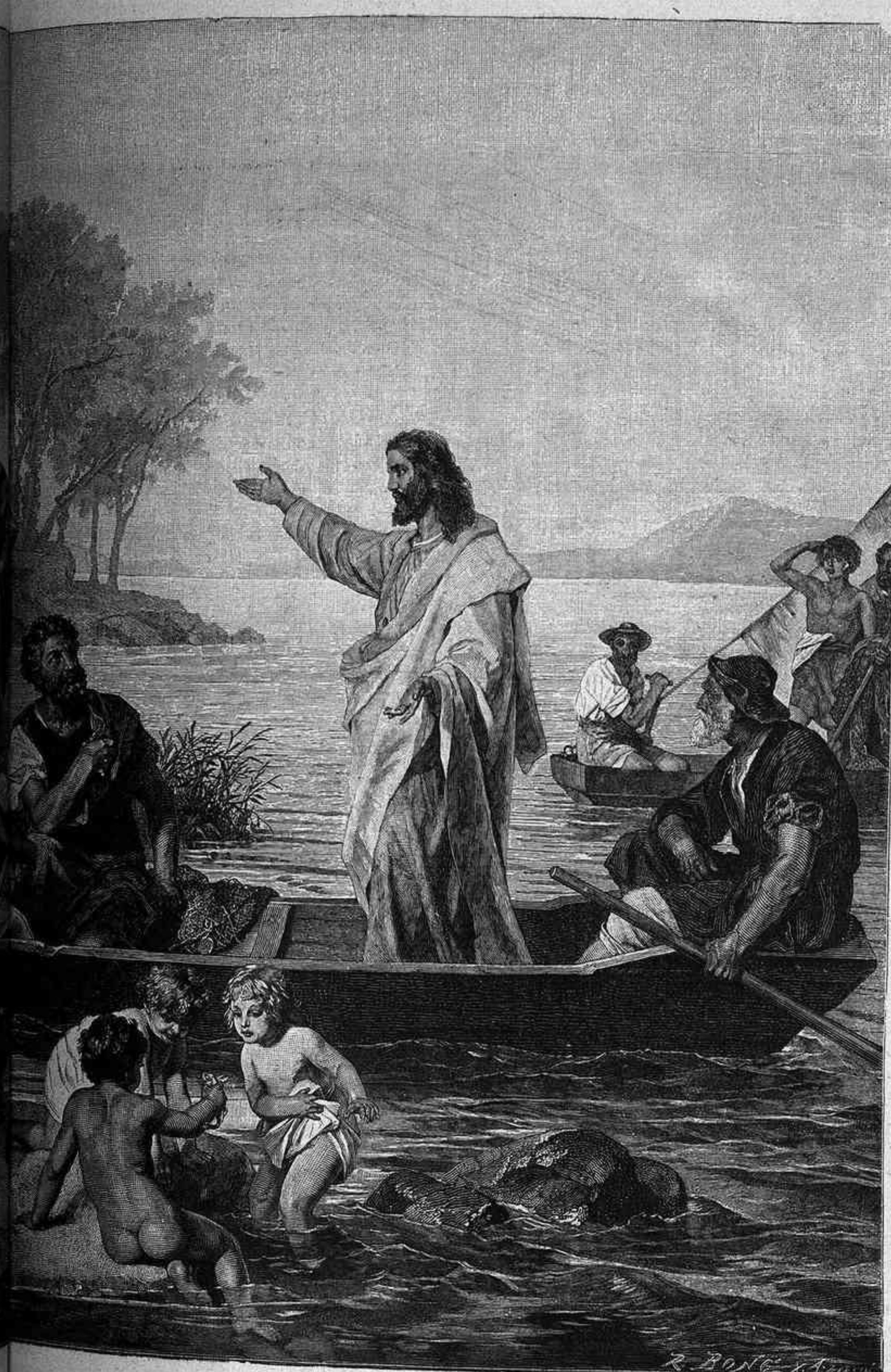
FERNÁNDEZ,

LOS EGOISTAS

Arreglo del inglés, por A. Ordax.

(Continuación.)

Pol volvió vivamente sus ojos hacia Bun.



su camino, y á poco oyó tras él unos pasos. Era la vieja que hacia un año, y en el mismo sitio, se le había acercado. Pero á su lado, para mayor sorpresa, estaba Raquel.

—¡Ah! ¿Tú aquí? ¿Y usted, señora?

—Yo, sí; ¿ha visto usted á la esposa del señor?

joven y linda, con unos grandes ojos serios y tranquilos, que no recuerdo haber visto otros semejantes.

—¡Qué feliz será! ¿No es cierto?

—Supongo que sí, señora, contestó Pol; pero manifestó una suposición contraria en la mirada que dirigió al mismo tiempo á Raquel.

—¡Ah! replicó la vieja; lo que es en eso no puede haber la menor duda, siendo la mujer de su patrón.

—En cuanto á patrón, ya no lo es.

—¿Has dejado la fábrica? preguntó Raquel con viveza.

—Que yo haya dejado la fábrica, Raquel, ó ella me haya dejado á mí, es lo mismo; el caso es que creo conveniente para todos mi marcha de Cok.

Por grande que fuera el suplicio de mendigar trabajo fuera de su país, y lejos de Raquel, no podía ser mayor que el de los cuatro días anteriores, pasados en el más insostenible de los aislamientos. Así es que pudo Pol añadir con sinceridad:

—¿Y querrás creer, Raquel, que me parece más fácil de lo que hubiera pensado soportar este nuevo sufrimiento?

Para no amargar más sus penas, Raquel no creyó poder dar otra respuesta mejor que aquella consoladora sonrisa que sostenía la vida de Pol.

La vieja tenía un aspecto tan honrado y sencillo, que cada vez fué inspirando mayor confianza á Pol, y cuando llegaron á la puerta de su casa, éste dijo:

—Suba usted, señora, tomaremos té. Raquel nos acompañará un momento siquiera, añadió mirándola melancólicamente; porque ¿quién sabe el tiempo que tardaremos en volver á vernos!

Subieron, y pronto se encontraron alrededor de una mesa, sobre la que se veía un puchero, azúcar, manteca y pan.

—¿Tendría la bondad de decirnos su nombre, señora? dijo Pol á la vieja mientras servía té.

—Viuda Pegler.

—¿Sin hijos?

La taza de la señora Pegler chocó contra el plato de una manera inconveniente.

—Sí, contestó con extraña viveza. ¡Sin hijos!

—¿Vivos?... insinuó dulcemente Raquel.

La taza de la vieja chocó nuevamente en el plato.

—He tenido, en efecto, uno, dijo con una singular expresión de dolor que no ofrecía ninguno de los síntomas ordinarios de la aflicción, y ha prosperado mucho... ¡pero ya ha... muerto!...

Mostraba tal agitación, que Pol empezaba á excusarse de haber provocado estas explicaciones, cuando fué avisado por un vecino de la llegada de una visita. Entre algunas otras palabras dichas á Pol, la vieja oyó la de Bun, y alejándose precipitadamente á un rincón de la sala, exclamó:

—¡Ah! Entretenerle de modo que yo pueda salir de aquí sin que me vea.

Temblaba sin saber qué hacer, y Pol, lleno de sorpresa, y también conmovido, se apresuró á decir:

—No es el Sr. Bun, sino su mujer. ¡No tenga usted, pues, el menor cuidado, porque me parece muy buena señora!

—Entonces no dirigirme la palabra, y me quedaré en este rincón mientras hablan ustedes.

XXVII

Pol bajó con la luz, y á los pocos momentos Luisa apareció en la puerta de la habitación, acompañada de su hermano.

Luisa sabía que los obreros formaban en conjunto una cifra de muchos millares, y que eran algo que trabajaba tantas horas por día; algo regulado de una manera infalible según las leyes de la producción y el consumo; algo que se moría de hambre cuando el trigo estaba caro, y de indigestión cuando estaba barato; algo de que el comercio en grande se servía para hacer inmensas fortunas; y algo, en fin, que se agitaba en ocasiones como un mar

—¡Pero usted sabe, señor, que si me despiden no encontraré trabajo en ninguna parte?

La respuesta fué:

—Yo sé lo que sé. A mí me tiene sin cuidado todo lo demás.

Pol dirigió una última mirada á Luisa; pero ésta no quiso volverse á recibirla, y salió diciendo:

—¡Que Dios se apiade de nosotros!

Iban andando los tres yendo en medio Pol, y la vieja se detuvo llena de entusiasmo.

—Es muy hermosa, me han dicho. Quería verla, y paseaba por aquí cuando observé que esta joven hacia otro tanto; y como tiene una fisonomía tan simpática, la he hablado y nos tratamos ya como amigas antiguas.

Al decir esto, la vieja reía con una expresión de inequívoca ingenuidad, y el bondadoso Pol contestó:

—Acabo de ver, en efecto, á la señora Bun; y es

XXVI

Era casi de noche; Pol emprendió con lentitud

irritado, hacía algunos destrozos, generalmente á expensa propia, y volvía en seguida á su calma ordinaria. Pero jamás había tenido Luisa la idea de descomponer esta masa en unidades, ni averiguar cuántas injusticias y sufrimientos pesan sobre esta humanidad desventurada, objeto de constante explotación por los malvados de todas clases, avaros, déspotas ó demagogos.

Quedó, pues, un poco desconcertada ante el espectáculo que se ofrecía por primera vez á sus ojos, y mirando alternativamente á la habitación y los obreros, dijo á Pol:

—Quisiera prestarle algún servicio. ¿Es esa su mujer de usted?

Raquel alzó los ojos, que respondieron claramente «no» y los bajó de nuevo.

—Dispense usted, dijo Luisa avergonzada del tono desdeñoso con que había hecho esta pregunta; recuerdo ahora haber oído hablar de sus desgracias domésticas... No he tenido, sin embargo, la menor intención de ofender á ninguna de las personas presentes.

Y del mismo modo que Pol en casa de Bun se había instintivamente dirigido á Luisa, ésta ahora se dirigía á Raquel en un tono brusco y atropellado, síntoma particular de vacilación y timidez.

—¿Ha contado á usted lo ocurrido entre él y mi marido? Me parece haberle oído decir que siendo despedido de esta fábrica, en ninguna otra querrán recibirlo.

—Así ocurre frecuentemente, señora, sobre todo á los obreros que tienen reputación de díscolos.

—¡De manera que, gracias á las preocupaciones de sus compañeros y á las de los patrones, se encuentra doblemente sacrificado! Ha perdido la confianza de aquéllos, creo, por no asociarse. Me parece que ha debido ser usted á quien él hizo esta promesa.

—Temo las violencias, y le supliqué que se mantuviese alejado de sus compañeros. Pero no podía presumir el daño que iba á causarle, contestó Raquel sollozando.

Pol intervino entonces con voz menos firme que de costumbre:

—Nadie podrá imaginarse lo que yo amo y respeto á Raquel. Pero ¡con cuánta razón! Cuando la hice esta promesa, la dije con sinceridad que era el ángel de mi vida.

Luisa les miró con cierto interés, endulzó su voz cuanto pudo, y preguntó á Pol:

—En fin, ¿qué piensa usted hacer?

—Nada más sencillo, señora, contestó Pol procurando aparecer contento para no entristecer á los demás; buscar trabajo en otra población. Feliz ó desgraciado, el obrero tiene siempre que elegir entre moverse ó morir de hambre.

—¿Y cómo viaja usted?

—Como de costumbre, tratándose de gentes de nuestra clase: á pie.

—Luisa sacó un billete de 500 pesetas.

—Raquel, dijo: ¿querría usted decirle, porque usted sola sabrá hacerlo sin ofenderle, que esto es para el viaje?

—No puedo, señora, respondió Raquel; Dios la bendiga por tanta bondad, pero sólo él debe consultar en este asunto á su corazón.

Luisa miró á Pol, y cuando vió á este obrero, que tan impasible y tan firme se había mostrado rente á Bun, turbarse como un niño y ocultar su rostro entre las manos, se sobrecogió, y se sintió invadida de la más profunda ternura hacia aquellos infortunados seres.

—Señora, dijo el obrero con tal sello de natural distinción que no se hubiera podido adquirir finura semejante en cien cursos de palaciega cortesía: en mi vida he oído palabras más dulces antes y después de una oferta tan generosa. Y para probar que no soy ingrato ni poco razonable, aceptaré cincuenta pesetas. Las devolveré en cuanto pueda, y jamás habré trabajado con tanto gusto para no ser indigno de tan nobilísima protección.

Luisa insistió, pero al fin fué obligada á reemplazar el billete de 500 pesetas por otro de 50.

XXVIII

Luisa iba á retirarse; pero Tom, que había presenciado aquella escena con la mayor indiferencia, se levantó y la dijo:

—Un instante. Quisiera hablar con este hombre dos palabras.

Pol le siguió, y Tom, al pasar del dintel de la puerta, cerró esta.

—Creo que puedo hacer á usted un servicio, murmuró Tom. No me pregunte usted cuál, porque depende de un asunto que pudiera no tener éxito... Se trata de mi hermana... Esa señora... Hablaba con gran precipitación, y su aliento caía como una llama sobre el oído de Pol. Conoce usted á nuestro dependiente, Bizer, ¿no es verdad? Digo á nuestro dependiente, porque yo también pertenezco á la banca. Es el que avisó á usted.

—Sí; ya recuerdo.

—¿Y cuándo piensa usted marchar?

—Dentro de tres días...

—Bien; pues estas noches pasee usted por frente á la banca. Si ve usted al dependiente, no le salude, porque yo no le diré que hable á usted, mas que en el caso de conseguir para usted lo que deseo. Si fuera así, él mismo dará á usted una carta mía. ¿Ha comprendido usted?

Eran tan nerviosos los movimientos de su mano, que parecía estar temblando.

—Sí, señor, dijo Pol.

—Pues no olvide mis instrucciones; adiós. ¡Eh! Luisa, en marcha.

Dijo esto al abrir la puerta, y sin entrar en la habitación. Bajó la escalera precipitadamente, á oscuras, y sólo en la calle pudo Luisa alcanzarle.

XXIX

La Pegler se deshizo en exclamaciones de admiración hacia *la esposa del señor*, como llamaba á Luisa. Pero era ya tarde para gentes que trabajaban todo el día; así es que se disolvió la reunión, y Pol y Raquel acompañaron á su misteriosa amiga hasta la puerta de la casa.

Al volver, Raquel y Pol se detuvieron en el sitio donde acostumbraban á despedirse, y el primero dijo temblando:

—Procuraré verte por última vez, Raquel, antes de mi marcha; pero si no te veo...

—No me verás, lo sé. Vale más que todo decir la verdad.

—Tienes razón. Vale más, y demuestra más valor. Así, Raquel mía, no te lo negaré; como apenas he de estar aquí tres días, encuentro preferible, por ti, que no te vean conmigo.

—No es eso lo que á mí me hace ser de esa misma opinión, sino sólo nuestro deber de siempre...

—¿Me escribirás?

—Sí.

Hubo una ligera pausa. En seguida Pol dijo:

—¡Que Dios te bendiga, querida mía!

—¡Que él se apiade también de ti, Pol, y poniendo término á tus jornadas errantes, te dé al fin reposo!

—Ya te dije aquella terrible noche que cuantas veces piense en algo con trasporte de cólera, tú estarás siempre en mi pensamiento para inspirarme resignación. ¡Adiós!

—Adiós.

Nada más inocente y sencillo que esta rápida separación en medio de una pobre calle. Sin embargo, esta despedida fué un recuerdo sagrado para estos pobres obreros.

XXX

Pol estuvo estos tres días en el mismo aislamiento que los cu tro anteriores, y por las noches paseó por frente á la banca en la forma indicada por Tom, pero la Ger y Bizer se apercibieron en seguida y empezaron á observarle con el mayor cuidado. Al amanecer del cuarto día Pol emprendió su viaje.

La ciudad estaba completamente desierta, y hasta el sol, que acababa de salir, parecía formar en el cielo una pálida soledad, semejante á un mar entristecido. El obrero subió á colina y vió alegrar por un momento las casas de los cokenses; pero bien pronto espesas corrientes de humo cubrieron la atmósfera, y la luz pareció sólo llegarles como en un eterno eclipse á través de un vidrio ahumado. Pensó entonces en el contraste que ofrecía su situación actual con la de los días anteriores. ¡Qué cambio! ¡Pasar de las chimeneas á las flores! ¡Pisar el polvo del camino en vez de áspero carbón! ¡Pisar la fábrica! ¡Sentir, en fin, algo como las más dulces sensaciones de la juventud! Y al proseguir Pol su camino, los árboles, meciendo sus altas copas, parecieron decirle, en su dulce murmullo, que dejaba al menos tras de sí un corazón amante y fiel.

XXXI

Como Mir hacía un discurso sobre cualquier cosa, no tardó en hallar admiradores entre los caciques de Cok. Y como oía con la mayor calma todas las ridiculeces de Bun, éste se entusiasmó de tal modo, que le obligaba á sentarse á su mesa todos los días. Mir pasaba, pues, largas horas contemplando á la señora Bun. Era bastante observador; recordaba bien todas las revelaciones del *mequetrefe*, y empezó á leer corrientemente en la superficie del carácter, no en el fondo. Porque la naturaleza humana es como el Océano; tiene abismos que no puede sondear todo el mundo, y Mir no podía penetrar lo que había de más tierno y más íntimo en el carácter de Luisa.

Había quebrado uno de los propietarios de Cok (á pesar de no pertenecer á las clases imprevisoras). Bun se apresuró á quedarse con su casa de campo por una cuarta parte de lo que valía, y la joven Grad frecuentaba con más gusto de imaginación que hubiera podido creerse en un descendiente del padre eminentemente práctico, los hermosos paseos del parque.

Era una tarde de verano, y Mir, como ya había hecho otras veces, procuró encontrar á Luisa en aquellos solitarios jardines, que no hacían, por otra parte sino añadir encantos á su linda cabeza.

—Señora, dijo sentándose á su lado é interrumpiéndola en su habitual tarea de mirar á las hojas caídas de los árboles, como en otro tiempo á las chispas y cenizas; su hermano...

El rostro de Luisa se volvió hacia él con una expresión de tan tierno interés, que Mir pensó:

—En mi vida he visto nada más hermoso que el relámpago que acaba en este momento de iluminar esas lindas facciones.

Y como por una traición de sentimiento (probablemente calculada), aquella impresión se tradujo tan claramente en su fisonomía, que creyó necesario decir:

—Perdon, señora; la expresión de su cariño fraternal es tan interesante... que me ha sido imposible contener un movimiento de admiración...

—Sí, dijo ella con tranquila ironía. ¡Es usted tan espontáneo!...

—Reconozco, señora, que soy sólo una demasiado desagradable muestra de la naturaleza humana, completamente incapaz de renovar el recuerdo de aquellos famosos pastores de la Arcadia...

La fisonomía de Luisa tomó tal expresión de seriedad, que Mir aceleró la conclusión diciendo:

—Pero, cualesquiera que sean todos mis defectos, no tengo el de la falsedad, y puede usted creer en el involuntario movimiento de sorpresa que me ha alejado del objeto de mi venida. Su hermano me inspira un gran interés...

—¡Cómo! ¿Se interesa usted por algo? preguntó Luisa á la vez, con incredulidad y reconocimiento.

—Si me hubiera usted hecho esa pregunta el mismo día de mi llegada á Cok, hubiera dicho sin vacilar que no. Pero hoy, aun á riesgo de suscitarla nuevas dudas sobre mi sinceridad...

—Adelante, interrumpió la severa señora Bun; quiero creer que se interesa usted por mi hermano.

—Pues bien, señora; le ama usted tanto... su existencia entera ofrece un ejemplo de tan admirable abnegación... Pero dispéñeme, vuelvo á alejarme del asunto... En una palabra, mi interés hacia Tom... es por él mismo.

Luisa había hecho un movimiento, casi imperceptible, como para levantarse, mientras Mir decía las anteriores frases, y por esto á la mitad de ellas éste dió otro giro á sus explicaciones.

—En fin, señora, continuó en un tono ligero, que parecía costarle un esfuerzo, y que era, por lo tanto, más expresivo que el serio anterior; no es un crimen imperdonable en un joven de la edad de Tom ser algo aturdido, ligero, disipado... ¿Es algo de esto Tom?

—Sí.

—¿Juega?

—Sí.

—¿Y... naturalmente pierde?...

—Sí.

—En ese caso, yo me atrevería á insinuar *que usted le saca de ciertos apuros*.

Luisa tenía durante este interrogatorio los ojos bajos; pero al oír esta última frase, miró á Mir como si quisiera explicársela.

Este, entonces, dijo:

—Me parece que Tom se crea cada vez mayores compromisos, y quiero tenderle una mano piadosa desde el fondo de mi triste experiencia. Y, en fin, para confesar á usted cuanto he observado sobre este asunto, concluyó Mir siempre en tono ligero y afectando alguna turbación, diré confidencialmente que dudo haya existido nunca gran confianza entre Tom y su padre.

—En efecto, murmuró involuntariamente Luisa, sonrojándose al recuerdo que esta observación despertaba en sí propia.

—Y dudo lo mismo en cuanto á las relaciones de Tom con su muy estimable cuñado.

Luisa sintió encendérsela las mejillas, y pareció contestar afirmativamente con una voz muy débil.

—Señora, dijo Mir: ¿no creería usted conveniente permitirme alguna mayor confianza? Tom, ¿ha pedido á usted sumas importantes?

—Cuando me casé, supe que tenía deudas. Para pagárselas, me desprendí de algunas alhajas sin el menor pesar, porque no tenían ningún valor á mis ojos.

Luisa se detuvo como si temiese que Mir adivinara que se refería á los regalos de su esposo; pero su turbación hubiera revelado todo esto á un hombre menos astuto que aquél.

—Después, continuó Luisa, he continuado dando á Tom todo el dinero de que he podido disponer. Y ya que hago á usted esta confidencia sobre la fe del interés que le inspira mi hermano, no le ocultaré que hace días me pidió tres mil pesetas. No he podido dárselas, y tengo naturalmente inquietudes sobre los disgustos que podrá acarrearle esta deuda.

Luisa se interrumpió bruscamente, y Mir, hombre hábil para aprovechar toda clase de ventajas, se apresuró á decir:

—Veo que la educación de Tom no ha sido afortunada. La prueba es que no ha podido luchar ventajosamente en el mundo, y que el primer uso que ha hecho de su libertad ha sido entregarse á toda clase de excesos, por un exceso contrario, por el exceso de rigor precisamente á que ha estado sujeto en su primera juventud. La noble rudeza del Sr. Bun, á pesar de sus familiaridades, no infunde... me parece que estamos de acuerdo en esto... no infunde confianza. Y en fin, Tom carece algo de *esa delicadeza que en un corazón joven y mal comprendido* inclina á pedir consuelo y consejos.

Mientras Luisa miraba, como de costumbre, á las hojas que un ligero viento movía sin cesar, Mir leyó sobre su rostro que aplicaba á sí misma las anteriores frases que él acababa de decir con esta segunda intención.

—Es preciso, pues, ser indulgente con Tom; pero tiene un defecto que yo no puedo excusar...

—¿Cuál? dijo Luisa volviendo vivamente la cabeza.

—El de no ser más sensible á la ternura de su hermana. Lo que ella ha hecho por él merecía un amor, una gratitud de todos los instantes, y no cierto incomprensible desvío y hasta dureza...

(Continuará.)

Elena.

Se ha dicho que la civilización ha redimido á la humanidad, y esta es una solemne paradoja. ¡Ah! Cuando se compara el estado actual de la sociedad con el de hace cuatro siglos, y se observa que si entonces caían desfallecidos por el hambre centenares de seres en medio de una calle, hoy sucumben por idéntica causa millares por cada uno de aquellos centenares; cuando se compara el mundo de nuestros días con el mundo de la Edad Media, y se nota que si por aquellos tiempos el sentido moral andaba extraviado, hoy casi se ha perdido éste por completo, apénase el corazón y apodérase profundo pesimismo de nuestro espíritu.

¡Cuántas lágrimas y cuántos dolores se ocultan bajo las fastuosas y brillantes superficies de estos grandes centros!

Salía anoche del teatro de Apolo, adonde había ido á ver, por la cuarta vez, la representación de *La gran vía*; serían las doce y media; la temperatura era de siete grados bajo cero, y yo, en lugar de andar, corría, por temor á esas pulmonías que diezman ahora á Madrid. Me dirigía por la calle de Alcalá á la Puerta del Sol; mas al llegar al Museo de la Historia Natural detuvieron súbitamente mi marcha los sollozos de una mujer, que con un niño pequeño en los brazos procuraba en vano resguardarse del aire frío de la noche, tras el ángulo saliente que forman las columnas de la puerta del referido Museo.

Metí la mano en el bolsillo; saqué una pieza de diez céntimos, y al depositarla en la mano que me alargaba aquella infeliz, noté, á través de su deteriorado velo, que era una mujer joven, y que en su rostro hermoso y fresco tenía impresa las huellas de largo y profundo pesar.

Conmovido ante aquel cuadro: —¿Tiene usted donde pasar el resto de la noche? le pregunté. —Sí, señor, me contestó; tengo. Pero la necesidad de alimentar á este pedazo de mis entrañas que, como yo, no ha comido nada desde ayer, me obligará á estar aquí algunas horas todavía; y alzando la punta del manto con que cubría el niño, me enseñó un rostro de ángel.

—Pues sígame usted, y después hablaremos, que la noche no está para pasarse mucho tiempo en medio de la calle. Siguióme la desgraciada, y á los pocos momentos nos encontramos en un café.

Sirvióronla lo que pidió. Despertó al chico que dormía como un bendito, y después de dar á éste de comer con todo el cariño de una madre, y de restaurar ella sus debilitadas fuerzas, me refirió con una sencillez y un candor que alejaba toda duda de exageración ó falsedad, la siguiente historia:

Empezó así:

—No tenía yo más de quince años cuando vine á Madrid. Vivía con mi madre, anciana de sesenta años y tan instruída como honrada. Una renta de seis mil reales anuales, producto de cierto dinero que teníamos en una casa de banca, nos permitía vivir con relativa decencia.

La fatalidad quiso que un día fuese presentado en mi casa un joven elegante, de finos modales y de familia distinguida. La primera impresión me fué agradable. Cruzáronse nuestras miradas, nuestros pechos se inflamaron por idéntico fuego, y á contar casi desde aquel momento, nuestras relaciones amorosas fueron un hecho, que mi madre presenció con gran regocijo.

Pasaron los días, y mi pasión crecía al compás que se multiplicaban las promesas y los juramentos de amor del joven.

¡Qué lejos estaba yo entonces de sospechar en la falacia de las promesas de ciertos hombres!

Inocente, sin experiencia del mundo, me exta-

siaba oyéndole hablar de sus proyectos para después de nuestro matrimonio. Tenía tal fe en sus palabras, que no sabía negarle ya nada. Perdida por completo mi voluntad, obraba por la de él solamente.

Mi única aspiración era ser de él, y en una unión eterna encontrar toda la dicha que me faltaba.

Como promesas repetidas ponían el sello á todas mis esperanzas, y caricias atrevidas aumentaban mis deseos: sojuzgada mi alma por completo, flotaba en un vago sentimiento, en un sueño anticipado de todas las alegrías; había llegado, en fin, al colmo de la pasión.

Una noche, noche de horrible recuerdo, tuvo que salir mi anciana madre á evacuar un encargo de una parienta nuestra; quedéme sola con mi amante, y la casa, aquella casa que la autora de mis días tenía convertida en un santuario, fué profanada.

Al llegar á este punto de su historia, un amargo llanto la interrumpió por algunos momentos. Después continuó:

—La serie de desventuras que han caído sobre mí desde aquella noche, no son para descritas.

Transcurrió un día, trascurrieron dos, y cinco, y diez, y el joven no volvía por mi casa. Le escribí varias cartas, y no me contestó.

Una mañana supe por un amigo suyo que había marchado á América.

Ya no me quedó la menor duda; Enrique, que éste era su nombre, no me amaba. Sola había querido burlarme y, satisfechos sus deseos, no se volvería á acordar nunca de mí.

La idea de mi deshonor y la de mi madre no se apartaba de mi mente.

Empecé á estar cavilosa, llegué á la exaltación, y, por último, caí en un estado de completa locura.

Cuando recobré la razón dos años más tarde, supe que era madre de este niño, y que la mía había muerto víctima de la vergüenza de mi deshonor y del sentimiento de verme en aquel estado de locura. Mi pequeño patrimonio había pasado por una serie de causas que no son del caso referir ahora, de la casa de banca á poder de la curia.

¿Qué hacer entonces?

Consagréme con todas mis fuerzas al trabajo y á la educación de mi hijo; mas como aquéllas eran pocas y no estaba acostumbrada más que á leer, caí en este estado de debilidad en que me encuentro. De aquí el que me hayáis visto esta noche implorando la caridad pública.

Muchas veces he intentado quitarme la vida. ¿Para qué esforzarse en prolongar una existencia que para mí no ha de ser ya sino un continuado suplicio? Pero miro á este ángel, y entonces adquiere nuevos bríos. Sin embargo, hay momentos en que me faltan absolutamente las fuerzas.

Cuando terminó su historia, tenía los ojos arragados en lágrimas, y yo no pude decirle, para consolarla, más que estas pocas palabras: «El mundo es un valle de lágrimas.»

Oyéndola contar sus desgracias, habíase presentado á mi imaginación la sociedad tal cual es, con sus defectos, con su glacial apatía, con su criminal indiferencia, y, como ella, no veía otro recurso para dar solución á estos terribles problemas, que la muerte.

Me hacía estas reflexiones:—Si esta pobre criatura, viéndose rodeada de una noche profunda, sin horizonte, sin consuelo, sin esperanza, abandonada del que era su vida, desdeñada de la sociedad, que no la perdonará jamás su falta, y aislada del todo el mundo, se siente perder su valor como antes perdió su razón, y ciega y acongojada por el horrible martirio de su corazón, para huir de sus angustias pone fin á su existencia, ¿es criminal, ó es inocente? En todo caso, ¿quién es culpable de este acto, llámese locura, llámese crimen, llámese lo que quiera?

¡Cuánto nos falta aún para poder decir: la civilización ha redimido al género humano!

EMILIO NAVARRO Y SERRANO.



EXCMO. SR. D. EMILIO NAVARRO OCHOTECO, DIRECTOR DE LOS REGISTROS DE LA PROPIEDAD Y DIPUTADO A CÓRTEZ.

RIMA

¿Qué tienen los ángeles
que están muy contentos
y agitan sus alas
y cruzan los cielos?
¡Que en los labios de aquella que adoro
se ve una sonrisa,
y al mirarla, los ángeles gozan
inmensa alegría!

J. DÍAZ MACÍAS.

El inválido.

En la última guerra carlista, bajo el gobierno de la República, y como comprendido en la quinta que se efectuó siendo Castelar presidente del Consejo de ministros, partió á las provincias del Norte, desde Cádiz, un muchacho de buena familia y mejor posición, que, hasta aquel entonces, había llevado una vida disipada, con gran escándalo de la sociedad gaditana.

Llamábase Rafael, era de buena presencia, de aire gentil, alto de cuerpo y agraciado de rostro.

Fue destinado á un regimiento que operaba en las entrañas mismas de Navarra, en donde los faciosos tenían más valimiento, y en donde la guerra se hacía cruel y despiadadamente.

Al principio anduvo tentado de embarcarse y huir de la patria, para eximirse del servicio obligatorio, pero el peligro mismo que iba á afrontar, los países que debía recorrer y la nueva vida de aventuras que se le presentaba, acabaron por seducirle, y una mañana muy temprano abandonó á Cádiz para dirigirse á donde más la curiosidad que el deseo lo llamaba.

Después de tres días de marcha llegó al cuartel general, se presentó á sus jefes, púsose el uniforme y aguardó impaciente la hora del primer combate.

Su imaginación se complacía en adelantar las peripecias de la lucha; ya se veía batiendo él solo contra ciento; avanzar tranquilo hacia las filas de los contrarios, tocar las trincheras del enemigo, tomar sus posiciones y hacerlos, por fin, huir cobardemente á la desbandada.

Algunas veces, las menos, pensaba en que pudieran herirlo, tal vez matarlo; entonces se contemplaba á sí mismo en brazos de sus valientes compañeros, los cuales le ponían en salvo bajo el nutrido fuego de las armas carlistas.

Estos pesamientos se desvanecían pronto.

Al cabo sonó la hora y un día, al romper el alba, escuchó los primeros disparos de la vanguardia; el sueño se convertía en realidad.

Tocóle su turno; entre las apretadas filas de los soldados, avanzó á una voz de mando, en dirección á una pequeña montaña en cuya cima el enemigo disparaba á su sabor y con toda calma sobre los pelotones que intentaban escalarla.

Bien pronto el apretado haz de soldados entre los cuales Rafael marchaba defendido y cubierto por todas partes, fué poco á poco clareando.

El camino se sembró de heridos y cadáveres.

Rafael, indignado, exclamó varias veces:

—¡Adelante! Ya que hayamos de morir, que sea matando.

Los jefes le contuvieron en varias ocasiones; pero, ya próximo al término de su camino, abrióse paso aprovechando unos instantes de confusión, y echó á correr hacia las trincheras carlistas.

Una bala que fué á estrellarse en su cabeza, le detuvo de repente, y cayó como piedra que se desprende de lo alto.

Un mes estuvo luchando entre la vida y la muerte: la naturaleza venció por último.

Pero ¡qué vencimiento! ¡Más le valiera haber muerto!

La bala había penetrado en el cráneo lo bastante para interesarle en la masa encefálica, y, como consecuencia de esto, una parálisis total le dejó sin movimiento, sin voz, sin vista y sin tacto.

Era como un cuerpo que viviera sin alma y sin sentidos.

Le trasladaron á Cádiz.

Su familia recurrió á cuantos medios y sacrificios pueden imaginarse para devolverle al mundo, á la vida, á la salud y á la sociedad.

Todo fué inútil.

Cuando perdieron toda esperanza de conseguirlo, se acostumbraron á esta idea y concluyeron por asistirlo por compasión, pero sin protestas ni dolores.

Así transcurrieron dos años, tres, cinco y hasta siete; Cádiz olvidó á su inválido.

Un día del otoño de 1883 la sociedad gaditana se preparaba á una gran fiesta.

Cierto príncipe extranjero se disponía á visitar á la antigua Gades, y era preciso festejarle con corridas de toros, funciones de teatro, fuegos artificiales en la plaza de San Antonio, músicas en la de Mina, gran parada y un simulacro guerrero, en el cual debían tomar parte el ejército de mar y tierra acantonado en la plaza.

El día amaneció risueño y hermoso; mientras toda la población, en traje de gala, se echaba á la calle y concurría al lugar de los festejos, el pobre inválido inmóvil en una butaca, daba por únicas señales de vida, su lenta y acompasada respiración.

Acompañábanle, de toda su numerosa familia, la hermana más pequeña y una criada ya anciana que había visto en la casa nacer al señorito.

Llegó la hora de darle su comida, acto que siempre verificaban las dos mujeres.

Sobre un velador colocaron las provisiones, y una vez dispuesto todo, la hermanita le sostenía la boca abierta para que pudiesen pasar los alimentos, y la anciana se los iba dando lentamente y con mucho cuidado.

A la mitad llegarían de su faena, cuando se oyeron los primeros disparos del simulacro militar, el inválido tembló á compás que las ondas sonoras iban llegando.



GERONA (Estatua en mármol de D. Juan Figueras.)

—Se mueve! exclamó asustada la antigua criada.

—Tendrá frío! dijo la inocente niña.

—Es extraño!... Mire usted, mire usted, señorita: cada vez se mueve más.

—Abriguémosle con una manta.

—Nada de eso.

—¿Qué será?

—Parece que recobra la vida.

—¡Ay! ¿Se pondrá al fin bueno como antes?

—¿Quién sabe!

A los disparos de fusilería siguieron las descargas de los cañones; primero en largos periodos, luego más frecuentemente, hasta que por último siguieron unas á otras con tal prontitud y velocidad, que durante media hora semejó á una furiosa batalla que amenazaba echarlo á tierra á todo; cristales, habitaciones, casas, edificios, todo temblaba, todo, hasta el suelo mismo.

El inválido, que al principio se había estremecido ligeramente, se vió atacado de pronto de una convulsión agitadísima; abrió los ojos, miró á todas partes, se asió con una mano al brazo de la silla, se levantó pausada, pero enérgicamente, y, una vez en pie, gritó con voz furiosa, nunca oída:

—¡Adelantel!... ¡Viva España!

En seguida cayó; pero cayó para no volver á levantarse nunca.

V. COLARADO.

¿Cuándo seré feliz?

En los risueños días de mi infancia
ansiaba ser mujer;
cuando lo fui, los días me pasaba
envidiando el ayer.

¡Oh dulces horas que inocentes juegos
mi niñez arrulló!

¡Edad dichosa, en la que el desengaño
mi alma no agostó!

Hoy ya, cuando en vacío inmenso
está mi corazón,

marchita mi esperanza, disipada
mi primera ilusión,

sólo espero dos cosas: ver dichosos
los seres que me amaron y yo amé;
y que la muerte venza en esta lucha
y el descanso me dé.

DOLORES SANZ SEVILLA.

Ingleses y franceses de viaje.

NOVELA SUIZA, DE TOPFER

(Conclusión.)

—¡Victoria! exclamó al vernos reunidos todos.
¡Victoria! acabo de conquistar una lechera. ¡Habrá
leche para todos, pero café solamente para las se-
ñoras!...

¡Señorita, á los pies de usted! Señores, sírvanse
colgar de esas ramas el pañuelo y la capa de la se-

ñorita Emilia, á fin de que se enjuguen; lo restan-
te corre de mi cuenta.

Dicho esto, de una de las numerosas faltrique-
ras de su levita sacó un azucarero de viaje, que co-
locó junto á las señoras, y de otra faltriquera una
de esas tazas de coco con que en los viajes saca uno
agua de los manantiales; en aquella taza púsose á
ordeñar impávido la vaca, después echóle café y
le ofreció presuroso á la madre primero, á la hija
después, con el tono de la más exquisita urbanidad,
y cual si hiciera los honores de su salón en
París.

Aquel francés que pocas horas antes me había
parecido un ente ridículo, se cambió para mí en
otro hombre.

Al comparar su modo de portarse con el de los
ingleses graves y sesudos, comprendí que sólo es
verdaderamente ridículo el frío egoísta que no
mira más que por sí.

Comprendí que esa gravedad inglesa que tanto
me había prendado por la mañana, serviría mu-
chas veces de careta á un egoísmo profundo,
mientras las locuras del francés me aparecían aho-
ra como el rebozamiento de un corazón generoso
que no sabe, no puede, y tal vez no quiere reprim-
mirse. En una palabra, con sus defectos el francés
no perjudicaba á nadie más que á sí mismo, en
tanto que los ingleses, con sus cualidades egoístas,
sacrificarían el mundo para la satisfacción de un
capricho.

Cuando sale uno de una situación angustiosa,
inclinase el corazón á la indulgencia y á una cor-

dialidad expansiva que ahoga cualquier sentimiento rencoroso.

Esta, sin duda, sería la causa porque M. Desalle parecía haberse olvidado de la gruta, así como también de otras contrariedades más añejas, pues tiempo hacía que aspiraba á la mano de su hija, é igual tiempo había que se hacía sordo á mis deseos.

Tratábame, pues, el padre de Emilia con una cordialidad que me llenaba de júbilo, y para probarle mi agradecimiento me esforzaba en disimular cuanto me era posible un amor que aún no había merecido su paternal aprobación.

Emilia, vuelta en sí de su turbación, repuesta algún tanto de las fatigas, sentada al amor de la lumbre en compañía de las personas que más amaba sobre la tierra, parecía gozar y ser feliz con la acogida benévola que me dispensaba su padre.

En cuanto al francés, después de haber recogido la cafetera, azucarero, tazas, etc., ayudaba á los guías en los preparativos para la partida.

Cuando emprendimos el camino, brilló de repente el sol en su ocaso, y las nubes, coloradas por los fuegos del astro que se iba poniendo, se asemejaban á un inmenso palio de refulgente esplendor.

Poco á poco se fué apagando aquella vivísima luz, mientras en el horizonte opuesto aparecían, tímidas aún, las estrellas en el firmamento.

Sorprendiéonos la noche antes de que llegásemos á Trient.

Seguir hasta Martigny era cosa imposible, y por otra parte, hacer noche en Trient era una locura, pues las dos únicas camas de la pobre hostería estaban ocupadas por los dos ingleses.

Los mismos guías nos aconsejaban que siguiésemos adelante y no nos parásemos en aquel bodegón en que no había donde dormir y no se hallaba para comer más que pan y huevos en todas las temporadas del año.

—Si huevos hay, replicó el francés, corre por mi cuenta el festín...; respecto al dormir, no pasen cuidado, que habrá cama para las señoras; nosotros los hombres dormiremos en el pajar: en tiempo de hambre no hay pan duro, y una noche pronto se pasa. Pero es preciso que me adelante para prepararlo todo. ¡Con que, feliz viaje, señores, hasta luego!

Le quisimos detener, pero ya se había alejado al trote largo de su cabalgadura, que parecía tener prisa de llegar al estable.

Una hora y media después nos encontrábamos fuera de la selva, enfrente de las cabañas que forman la aldea de Trient.

Al ver la mucha luz que inundaba uno de los caseríos, conceptuamos que aquél sería el ventorrillo en el que estaría el francés preparando cena y cama para todos; allá, pues, nos dirigimos.

A corta distancia de la posada nos cruzamos con dos viajeros, á los que vimos con sorpresa internarse en la garganta de Torclaz, camino de Martigny.

Eran nuestros dos, ingleses, que se marchaban de la posada arrojados por las mañas del parisienno, contra el cual echaban sendos votos.

En efecto, éste al llegar á la posada, habíase apresurado á decir á los ingleses que; contando con su galantería y generosidad, había prometido las camas á dos señoras que estaban para llegar de un momento á otro.

Los dos isleños se habían levantado de la cama refunfuñando, y después de soltar mil pestes contra las mujeres en general y la huéspeda en particular, porque les brindaba á que fuesen á dormir en el pajar, por fin habían decidido ir á Martigny.

Eran las diez cuando entramos en la posada. Al pasar por delante de la cocina, vimos un gran movimiento de gente que corría de un lado á otro, y en medio de ellos á nuestro francés que daba órdenes al par que cuidaba de una cacerola en la que hervía un manjar espumoso.

—Suban, señores, nos dijo; por ahora me es imposible acompañarles, pues ni por un minuto puedo perder de vista ni de mano á mi *sambayon*; aquí se trata de mi fama de cocinero, y sobre todo

de mi entremés, que á buen seguro me importa más que mi reputación cocinero.

Subimos á la sala de arriba, en la cual encontramos á los tres geólogos, que nos dispensaron franca y cordial acogida; ya los había convidado el francés, y no era poca la alegría de aquellos buenos señores.

En cuanto á la sala, yo que la había visto algunas horas antes, ya no la reconocía.

No habiendo otra estancia á la cual se pudieran trasladar las camas, el francés les había improvisado á cada una un elegante pabellón con blancas sábanas.

Después, echando mano de los manteles de la hostería, había hecho una cortina para cada ventana, y como era muy ancha la tela, había aprovechado con sumo gusto para formar pliegues y dar á aquellas cortinas improvisadas toda la apariencia de colgaduras verdaderas.

Esto sólo era bastante para transformar el cuarto desnudo de la pobre hostería en una estancia decente y risueña, aumentándose así el contento de todos, pero mayormente el de las señoras.

Mas lo que era digno de admiración, y nos hizo prorrumpir á todos en aplausos, era la mesa y su disposición.

Como faltaban candeleros, había nuestro amigo echado mano de botellas, disimulándolas con una guirnalda de hiedra y madreseña que las envolvía.

Diez velas alumbraban un mantel muy blanco cargado de manjares rústicos, y un servicio de mesa dispuesto del modo más pintoresco.

En el centro humeaba el potaje, en los ángulos veíanse tres ó cuatro clases de tortillas; alrededor de la mesa, colocadas con simetría artística, estaban las jarras de estaño pulimentado, llenas unas de rico moscatel, y otras de agua de nevera. Nos sentamos con delicia.

El placer que teníamos por la llegada, la sorpresa agradable que nos causó el hallar tantos recursos, allí donde creíamos no tener más que pan y huevos pasados por agua, y aún más que todo esto, el pensar que tantos recursos habían, por decirlo así, brotado del suelo, al golpe de la vara mágica de la más fina generosidad, todo, en fin, llevó á su colmo la satisfacción general, á la que iba unido el sentimiento más grave, más íntimo del agradecimiento.

No tardó en presentarse nuestro amigo el francés, y detrás de él la huéspeda, con gravedad risueña, llevando el famoso manjar, el *sambayon* del improvisado cocinero.

Todos á porfía les felicitamos, y á éste le hicimos el mejor cumplido por las disposiciones y abundancia del festín.

—¿Les gusta á ustedes mi cena, señores? Pues bien, añadió volviéndose hacia la buena mujer que le seguía, todo lo hemos de agradecer á esta excelente familia, que ha puesto á nuestra disposición su bodega, su gallinero y todas sus provisiones... Tenga usted la bondad, mi querida huéspeda, de avisarme tan pronto como rompa á hervir el vino... Estoy haciendo un *negus*, señores; ¡no hay cosa mejor para combatir los constipados, el cansancio y la melancolía!... ¡Ahora cada cual tome su asiento en la mesa!

Señora Desalle, sírvase usted sentarse aquí. ¡Usted ahí, señorita!... M. Desalle á la cabecera de la mesa... Esos señores, como mejor les plazca. ¡Viva la posada de Trient, y vivan mil años sus dueños!

Todos hicimos coro con él, yo más que ninguno, pues acababa de conquistar mi puesto junto á Emilia, entre mi futura esposa y su madre.

Fácil es imaginarlo; la cena fué de las más alegres y amenas.

Con la sopa, que era muy buena, aunque un tanto clarita, empezaron á llover cumplidos, repitiéndose á cada nuevo plato.

Cualquiera que haya pasado en las montañas una jornada de fatiga, hambre y lluvias, sabe lo que vale un potaje mediano, y cuán exquisitos nos parecen los más sencillos manjares.

Pero cuando se sirvió el famoso *sambayon* re-

dobláronse las aclamaciones en honor del héroe de la fiesta.

Más alegre todavía que nosotros, el francés nos contestaba con agudezas y chistes de buen humor, que nos hacían reír á todos á carcajadas, de modo que, cruzándose los dichos y las risas, resonaba la casa con estruendo de nuestra alegre algazara.

Cuando se trajo el *negus* restablecióse un profundo silencio, y cada uno se preparó para saborear el néctar parisienno.

Apenas lo habíamos probado, todos á la vez, arrebatados por el entusiasmo, y quizás también por los humos del moscatel, todos queríamos pronunciar un brindis. Aquí tengo que decir que el francés instaba más que nadie para echar el suyo... Sin embargo, pasado el primer ímpetu, se restableció la calma, y M. Desalle, en atención á su mayor edad, concediéndose á sí mismo la palabra, se expresó poco más ó menos en estos términos:

—¡Señores! brindo por la salud de nuestro generoso y amable anfitrión; le ruego se sirva disimularme si así le llamo hasta que nos haya dicho su nombre, á fin de que todos grabemos en nuestro corazón ese querido nombre, querido para todos, pero mayormente para mi familia.

Gracias, pues, á nuestro generoso anfitrión, una jornada de fatigas, privaciones y peligros se ha cambiado en un día de placer y de alegría. En nombre de todos, señores, doy á nuestro común amigo las más afectuosas gracias y le aseguro que para él conservaremos siempre un vivo afecto y un tierno agradecimiento.

Al terminar su brindis M. Desalle, todos nos pusimos en pie para chocar nuestros vasos con el del francés, quien contestó al instante, impávido, risueño, con suma amabilidad, medio enternecido, medio chistoso:

—¡Señores! La modestia, calidad de todos los franceses en general y mía en particular; la modestia, digo, no me permite proclamar mi nombre; pero como por otra parte sería faltar á la cortesía si no accediera al deseo manifestado por M. Desalle, aquí tienen ustedes mi apellido impreso en la copa de mi impermeable.

Ahora, séame permitido decirles á mi vez, que desde que estoy viajando, nunca he disfrutado de satisfacción igual á la de hoy en su compañía; de lo cual infiero y saco la consecuencia lógica, que nunca me había encontrado con tan amables compañeros de viaje.

¡Brindo por la salud de las señoras, y también por la de ustedes, caballeros!

Apuradas las copas, dimos las buenas noches á las señoras y nos recogimos en el pajar, en donde, gracias á las fatigas del día, y tal vez también al *negus*, dormimos á pierna suelta hasta la salida del sol.

Aquí concluye mi novelita, pues al otro día nos separamos del francés, que seguía hasta Chambery, y al que no he vuelto á ver más. Pero desde aquel día he comprendido mejor la profunda verdad encerrada en el refrán popular:

«Vale más tener por amigo al atolondrado que nos compadece y ayuda, que al sesudo egoísta que nos deja en el abandono.»

Idea que los españoles expresan con mayor fuerza y laconismo, diciendo: OBRAS SON AMORES, Y NO BUENAS RAZONES.

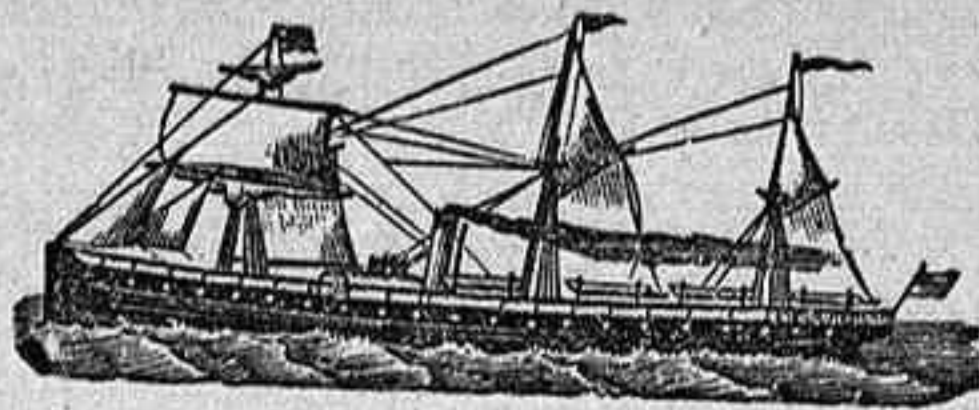
BIBLIOGRAFÍA

Se ha publicado el cuaderno 31 del *Diccionario biográfico, geográfico, estadístico y de la lengua española*, escrito por D. Enrique Jaramillo, en colaboración de distinguidos escritores. La suscripción á esta importante obra es sólo 25 céntimos de peseta el cuaderno en Madrid, 30 en provincias y 35 en el extranjero.

Se suscribe en Madrid en la administración del *Diccionario* y del periódico semanal, de intereses generales, *El Crédito Público*, Paseo del Prado, número 30.

ANUNCIOS

Servicios de la Compañía



Trasatlántica de Barcelona.

VAPORES-CORREOS A PUERTO-RICO Y HABANA

Con escalas y extension á Las Palmas, Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico

Salidas trimensuales: de Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes, para Las Palmas, Puerto-Rico y Habana.

Santander, el 20, y Coruña, el 21, para Puerto-Rico, Habana y Veracruz.

Barcelona, el 25, Málaga, el 27, y Cádiz, el 30, para Puerto-Rico, con extension á Matanzas y Ponce, y para Habana, con extension á Santiago, Gibara y Nuevitás, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y Puertos del Pacífico, hácia Norte y Sur del Istmo.

VIAJES DEL MES DE MARZO

El 10, de Cádiz, el vapor *Isa de Cebú*; el 20, de Santander, el vapor *Cataluña*; y el 30, de Cádiz, el vapor *Ciudad de Santander*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

Con escalas en Port-Said, Aden y Singapoore, y servicio á Iloilo y Cebú.

Salidas mensuales: de Liverpool, el 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.

El vapor *San Ignacio de Loyola* saldrá de Barcelona el 1.º de Abril próximo.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes, en Barcelona, la Compañía Trasatlántica, y Sres. Ripoll y C.ª, plaza Palacio.—Cádiz, Delegacion de la Compañía Trasatlántica.—Madrid, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.—Liverpool, Sres Larrinaga y C.ª.—Santander, Angel B. Perez y C.ª.—Coruña, D. E. da Guarda.—Vigo, D. Antonio Lopez de Neira.—Cartagena, Bosch hermanos.—Valencia, Dart y C.ª.—Manila, Sr. Administrador general de la Compañía general de Tabacos.

LA ILUSTRACION NACIONAL

Almirante, 2, quintuplicado.

VENTA DE IMPRESOS MILITARES

Se sirven á vuelta de correo toda clase de impresos y documentos para las oficinas de los primeros Jefes, Detall, Almacén, Cajeros, Habilitados, Compañías, Gobiernos militares, Bibliotecas, Caja de recluta, etc., etc.

Hay además toda clase de libros rayados y en blanco, Registros, papel timbrado, y cuantos encargos se pidan, con arreglo á toda clase de formularios, facilitándose todo en condiciones muy ventajosas y económicas.

MANUAL

DE

FORTIFICACION DE CAMPAÑA

POR EL TENIENTE GENERAL BRIALMONT

Traducido por D. Emilio Bonelli.

Obra de gran utilidad, ilustrada con 313 figuras y 6 láminas intercaladas.

Se vende en la Administracion de LA ILUSTRACION NACIONAL, al precio de **5 pesetas**.

Tomando 10 ejemplares, se hace una rebaja del 20 por 100, y el pago á plazos con garantía de los Cuerpos.

HORA FIJA

Por **2,50 pesetas semanales**; relojes de todas clases. Se hacen composuras garantizadas.

Gran relojería de J. G. Herreros.

43, CONCEPCION JERÓNIMA, 43

MADRID

LA ILUSTRACION NACIONAL

En vista de la favorable acogida que ha tenido esta publicacion, y con el fin de poder servir algunos pedidos que se nos han dirigido, se ha hecho nueva tirada de los números del primero y segundo tomo, que se venden coleccionados.

Constan de 464 y 662 páginas respectivamente, ilustrados con magníficos grabados.

El precio de cada tomo es 30 pesetas el 1.º, y 35 el 2.º

Puede hacerse el pago abonando dos pesetas mensuales.

A los que deseen adquirirlos y verifiquen el pago al contado ó en dos plazos, se les hará una rebaja de 5 pesetas.

GRAN BAZAR

DE

ROPAS HECHAS DE MILITAR

Único en España.

También se confeccionan á medida toda clase de prendas en veinticuatro horas.—Equipos completos para las Academias, se remiten á provincias.

MORENO

Carrera de San Francisco, 11, Madrid.

MANUAL DE LA COCINERA ESPAÑOLA Y AMERICANA

La Casa editorial de los señores Escribano y Echevarría acaba de publicar este Manual, que comprende con la mayor claridad y bastante extension todo lo que se refiere al arte culinario.

Su precio es el de 1 peseta en Madrid, y 1,25 en provincias. Los pedidos pueden dirigirse á dichos señores, Plaza del Angel, núm. 12, librería.

A LOS IMPRESORES

En la imprenta de este periódico es halla de venta una máquina nueva del reputado constructor **M. Alauzet**. La platina de la expresada máquina mide 85 centímetros de largo, por 65 centímetros de ancho.

También se vende una prensa, en muy buen estado, del renombrado constructor **M. Gaveaux**.

Ambas máquina y prensa, juntas ó separadas, se venderán en las más ventajosas condiciones. Para detalles, pormenores y contrato, dirigirse, bien por carta ó personalmente, á D. Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 duplicado, imprenta.

EPISODIOS MILITARES

POR

D. Antonio Ros de Olano.

Se vende en la Administracion de LA ILUSTRACION NACIONAL, *Correspondencia Militar* y principales librerías.

Su precio, 3 pesetas en Madrid y 3 50 en provincias.

ARITMÉTICA

PARA USO DE LAS ESCUELAS

POR

D. Pedro Molina y Vicente.

Se vende al precio de una peseta ejemplar en las principales librerías. Los pedidos al por mayor se dirigirán al señor administrador de la *Revista de Correos*, Madrid.

Negro firme.

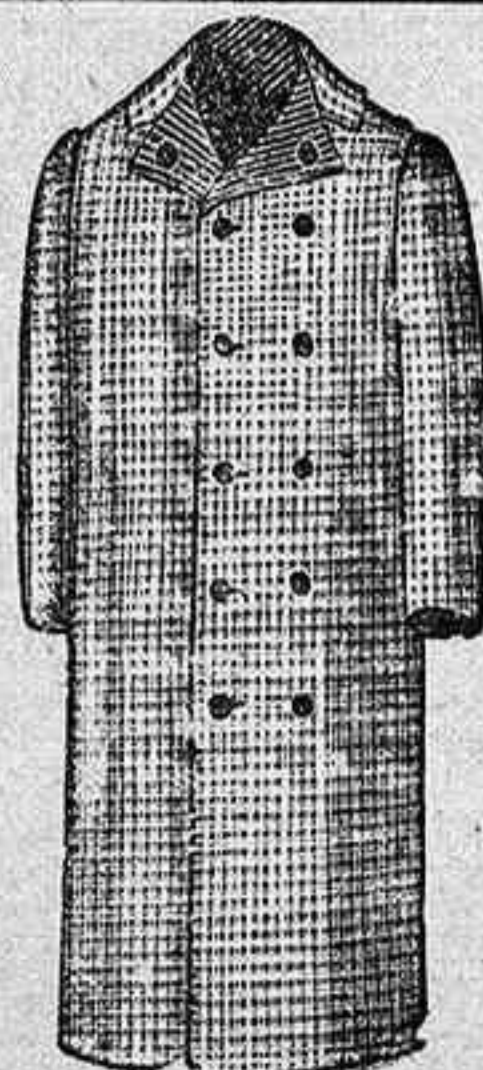
IMPERMEABLES No cambian de color.

N. LEJEUNE ET C.ª, PARÍS

Nuestros impermeables se recomiendan por su fabricacion y por la superioridad del tejido. Recordamos á los señores Jefes y Oficiales que tenemos á su disposicion, como el año pasado, muestras que pueden pedir por correspondencia, y que tendremos sumo gusto en mandarlas, así como los precios.

N. Lejeune et C.ª, 30, rue de l'Echiquier.

PARÍS



IMPERMEABLES INGLESES

Marca «Gallo.»

Especialidad en *Capotes impermeables*, forma reglamentaria para los señores Oficiales y Jefes del Ejército. Precio: capote impermeable con valona y capucha de los llamados de seda, 72 pesetas.

Para facilitar á los cuerpos militares la adquisicion de nuestros impermeables, de excelente calidad, les ofrecemos la ventaja del pago en tres plazos, á 24 pesetas cada uno. Remitimos muestras del tejido á quien lo desee.

Luis Vives y Compañía.

CALLE DE FERNANDO, 20 BARCELONA

SOBRE CUBIERTA

Varios individuos, correligionarios de un conocido personaje político, dieron á éste un banquete cuando visitó la localidad.

Hubo brindis en verso y en prosa, y anfibios; es decir: entre verso y prosa.

Cada cual habló como pudo, y por casualidad bien alguno.

Pero llegó el turno á uno de los comensales, y el hombre empezó y acabó, diciendo:

—¿Qué queréis que vos diga, si soy de Calaf?

Pues bien; yo no tengo la buena suerte de ser de Calaf; pero no sé qué decir á ustedes, porque como nada ocurre digno de mención, es difícil decir algo.

Y lo poco que ocurre es lo que ha ocurrido siempre.

Ha terminado la Semana Santa; ha terminado la temporada de los ayunos y abstinencias de carne aderezada y demás.

Estamos en Pascua de Resurrección.

Empieza el período de los cuernos, por lo cual felicito á los interesados.

Esto es: á los empresarios, á los ganaderos y á los toreros.

Los únicos que están de pésame son los protagonistas de la fiesta: los toros.

He observado que las personas benéficas (que aún quedan algunas), las que se interesan por los caballos que van ó á quienes llevan á morir en los circos taurinos, apenas tienen una palabra de defensa para los toros.

Como si ya el ser cornudos no fuera para ellos una molestia por lo menos, nadie se ocupa de los toros.

—Yo estoy siempre de parte del cornúpeto, me decía un amigo, porque es el único que tiene razón para atropellar á los enemigos.

Los de la fiesta española extreman sus ataques en la suerte de vara.

—El caballo, dicen, es el mejor amigo del hombre. ¡Qué ingratitud la de los hombres con los toros! ¡Desgraciados de los hombres el día en que se enfurecieran todos los toros domésticos!

Las corridas de toros empiezan.

Un abono de barrera representa en Madrid un título de propiedad territorial para el buen aficionado.

No ver la primera corrida, equivaldría para los netos á no ver la luz del día.

La fiesta empieza á las diez ó las once de la mañana.

Varios aficionados andan, desde esa hora, como revolucionarios, recorriendo puestos y cultivando sus relaciones con Sanlúcar, Valdepeñas ó Chinchón.

¡La primera de la temporada!

Es decir, mucho más que la apertura de Cortes, y que la apertura de las velaciones.

Y después de la corrida, Sanlúcar, Burdeos, Chinchón ó Champagne, y cordero pascual y cabrito embolado, ó *saumon masqué et travesti* y otros platos dificultosos, según los gustos ó los recursos del aficionado.

Noche de consumo, de gastar dinero en restaurantes de todas las categorías, y en tabernas y ventorrillos.

¡Como que no es buen patriota ni puede tener voz ni voto quien no solemnice tan fausto sucesos!

¡La primera, la de inauguración!

¡Y que no sobrevienen *bofetás* durante la corrida, ó sobre la corrida, por causa de divergencia entre las apreciaciones de los inteligentes en el arte!

Pero todo esto anima y vivifica á los pueblos.

Cuando días pasados me dijeron en varios círculos (ninguno vicioso):

—¿Qué hay de orden público?

—¿Se sabe algo de revolución?

—¿Dónde? ¿En Madrid? pregunté asombrado.

Ustedes no nos conocen, ni se conocen.

Y me fundaba.

¡Revolución en Madrid, estando contratados Rafael, Curro, Salvador, Luis y Angel!

Suponerlo es desconocer el espíritu filosófico de esta capital y sus afueras.

¡Y cuando va á empezar la legislatura, digo, la temporada!...

Solamente en un caso pudiera ocurrir algo grave. Si salieran los toros malos.

EDUARDO DE PALACIO.

CHARADAS

Dos prima es traducción al italiano de *segunda tercera* en castellano. El *todo* es cosa por demás temida de las personas de malvada vida.

Primera cuarta segunda es mujer de un guapo *todo*, que en las corridas reales se llevó un susto muy gordo, muy plantado en una puerta, por cerrar el paso al toro; y que al volver á la villa se salpicó hasta los ojos del *tercia quinta* que había en la corte del madroño.

Una *prima dos* que tuve, al saber que le sisaba, me arrimó un *cuatro tercera* que me puso las espaldas tan rojas como una *todo*, curándome de mis mañas.

Solución á las anteriores:

MARGARITA.—OREJA.—ESCALOFRÍO.

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 lis.

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL

REVISTA DE 16 PÁGINAS Y SUPLEMENTOS CON MAGNÍFICOS GRABADOS

Ciencias.—Artes.—Industria.—Literatura.—Música.—Teatros.—Modas.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

PENÍNSULA..	{	Trimestre..	4 pesetas 50 cénts.
		Semestre.	9 " "
		Un año.	18 " "
EXTRANJERO.	{	Trimestre.	12 pesetas.
		Un año.	24 " "

Los pedidos pueden dirigirse á la Administracion en Madrid, **CALLE DEL ALMIRANTE, 2, QUINTUPLICADO.**